

Ángel Sanchidrián

de

La Luisi



Una historia que contiene, entre otras...

50 sombras de Luisi

- Luisi Balboa • Anatomía de Luisi
- Cómeme el berberecho que se le van las vitaminas...

Nov. 2015

A todos mis «fanses» de Facebook,
mis chiquinas y chiquines.
Sois los que dais sentido a esto.

¡Eslit Bai!

50 sombras de Luisi

MARTES 5 DE MAYO, 20:15 H.

S algo de musicoterapia y voy a tomar algo con las amigas. Con todas menos con Reme, que le ha dado la ciática en la conga y se ha marchado a casa. Vamos a un sitio nuevo que conoce Begoña que por dos euros te ponen una caña y un pincho así de grande, que con un par ya has cenado.

Allí la Marce nos cuenta que se está leyendo el libro ese de darse azotes. Por lo visto es de un señor rico que coge a una chica jovencita y en vez de darle besos y hacerle arrumacos la toma por una piñata y la escaralla. Es lo que se lleva ahora en el sexo. Claro que a ella le debe gustar porque vuelve a por más, como la gata flora, que si se la metes grita y si se la sacas llora.

El caso es que de camino a casa no dejo de darle vueltas al tema y me sorprendo a mí misma pensando en hacer algo parecido con Manolo, que es lo que tengo disponible. No es que a mí me guste que en la cama me traten como a una yegua, pero a lo mejor así resucitamos nuestra vida sexual, que lleva muerta desde que empezó a tener más tetas él que yo.

Llego a casa y me doy una ducha de las esmeradas, poniendo especial énfasis en frotar el peluche y aledaños, que quede apetitoso. Luego voy al salón en ropa interior, apoyo una mano en el marco de la puerta y le digo a la cosa esa que hay despatarrada en el sofá que me acompañe a la habitación.

Él no entiende nada pero obedece, por no discutir y porque el tema pinta retozón, que no acostumbra. Así que se pone en marcha y cuando pasa junto a mí le suelto un manotazo en el culo y un «que te como, pirata». Crece su

extrañeza.

—Luisi, ¿has bebido?

—Calla, señor Bermúdez, y tira que te voy a dar la paga. —Le doy otro azote mientras avanzo detrás de él.

Manolo en estas cuestiones muy exquisito no se pone. Cuando cruzo el pasillo y le doy alcance, él ya está con los calzones por los tobillos diciendo «rápido, que empieza el Pasapalabra». Pero no le hago caso. Hoy no va a ser el «aquí te pillo, aquí te mancillo» de siempre.

Le digo que se tumbe boca abajo y pienso. Necesito un látigo, que es muy erótico, que me lo ha dicho la Marce, pero en casa no tengo de eso así que cojo un cinturón, uno con la hebilla de golfi. Así, en bragas y con un antifaz de cotillón, le arreo un latigazo en la espalda. Manolo se caga en mis bisabuelos, en mi gazpacho y en el ministro de hacienda.

Hay que pensar otra cosa porque la dominación con latigazos no ha dado los resultados esperados. Manolo sigue retorciéndose intentando que la mano le alcance la zona donde le he atizado para aliviarse el escozor. Así que ahora me tumbo yo en la cama y le pido que me dé azotitos. A la segunda hostia que me suelta en el culo con la manaza abierta, que la tiene como una peineta de berenjenas, estoy empotrada contra el cabecero de forja toledana. Esto parece un rodeo americano. Así tampoco.

—Te voy a estimular el punto ge —le digo con sensualidad, pasándome la lengua por los labios. Quizás haya exagerado un poquito el matiz sexy y haya parecido una vaca bebiendo, pero bueno, ya está hecho.

—Eso —dice él—. Bájate a los columpios que tengo la mazorca a punto de hacer palomitas.

Para mí que este no se ha enterado muy bien de lo que le voy a hacer. Me humedezco un dedo con saliva y le pongo la banderilla. Manolo clava las uñas en las sábanas, aprieta los dientes y su voz se vuelve aguda. Su cara ahora mismo es como dos huevos fritos con labios.

—Hiiiiijja de puta...

Saco el dedo deprisa. Ya no sé ni por qué sombra voy, pero a las cincuenta me da a mí que no llegamos. Voy a pasar al erotismo verbal. Esto no puede fallar porque lo he visto en un montón de películas españolas y siempre funciona.

—Manolo, dime cosas feas.

—Guarrilla.

—Eso es.

—Putita.

—Así, sigue, dime más.

—Cotilla, histérica, eres como tu madre, todo el día tocando los cojo...

—Pero qué hablas, borracho.

—Yo a esa señora no la quiero más aquí en Nochebuena.

—Mira, Manolo, mi madre vendrá a esta casa cuando ella quiera. No empecemos otra vez con lo mismo, te lo pido por favor.

—Bueno, pero hay mandanga o no hay mandanga.

—Ya por no oírte, hijo mío.

—Venga, ponte boca arriba, a ver si me da tiempo de ver el rosco, que hay casi un millón de bote.

—¿Ya estás dentro?

—Qué cabrona eres.

La Marce y Virtudes

SÁBADO 9 DE MAYO. 12:05 H. EN LA CALLE.

Hace un calorcito propio ya de esta época del año, así que aprovecho para bajar a tomar el aperitivo a la terraza del centro de la tercera edad, en la plaza del pueblo. Solemos venir aquí porque es muy barato y nos podemos tirar horas sentadas de cháchara con una sola consumición, aunque el dueño nos mira mal y comenta en alto para que le oigamos lo poco que le renta tener una clientela así. Mientras espero a que llegue la Marce, pido una clara con limón para mí y a ver qué quiere tomar mi tía abuela Virtudes, que me la ha traído mi madre para que cuide hoy de ella. Desde que se quedó viuda, hace ya lo menos veinte años, no ha querido más hombre en su vida ni mudarse a una residencia o a casa de alguno de sus hijos. Y llévale tú la contraria a la señora esta.

—Tía —le digo—. ¿Quiere usted tomar algo?

La llamo de usted porque no me deja tutearla, que según ella tutear es de gentuza. Se está colocando la ropa tirando de ella hacia abajo y ni me mira.

—¡Tía Virtudes! —insisto alzando la voz y golpeando suavemente la mesa. Por fin levanta la cabecita y me mira.

—Servidora —contesta. Se pone en su sitio los dientes de arriba con la lengua, que se le han descolgado un poco.

—Que si quiere tomar algo, que la invito.

—Hija, como no hables un poco más alto...

—¡Que si quiere algo de beber! —grito como una verdulera.

—¡Un mosto! ¡Fresquito! —grita ella también, supongo que para oírse a sí misma.

Me fijo en que lleva un audífono y señalo mi propia oreja preguntándole por señas si lo lleva encendido. Ella contesta que no meneando la cabeza.

—¡Es que me raspa y me hace costra! ¡Lo llevo suelto!

Madre mía, a esta mujer le llaman al timbre y se va abrir el microondas.

Mientras chupeteo la espuma de la cerveza estoy viendo cómo los abuelos del centro del mayor han cogido el banco de la puerta del ayuntamiento y lo han traído a rastras hasta aquí para sentarse a ver pasar a la gente, que últimamente por la crisis hay pocas obras. La operación ha sido compleja pero no han sufrido bajas. Además el alcalde le tiene dicho al conserje que no intente detenerlos aunque se quieran llevar al tesorero, que con los jubilados es mejor estar a bien. Él se pasa la legislatura esquivándolos.

Se deben haber sentado unos seis o siete en el banco, no sé cómo lo han hecho. Siempre que se reúnen a debatir utilizan la garrota para enriquecer su léxico y enfatizar muchas emociones: sorpresa, indignación, trae eso pacá, quita de ahí, Santa Ana Madre María o penalti coño. También la usan para señalar objetos a golpes y anunciar que van a decir algo importante dando bastonazos contra el suelo con ánimo ibérico. La garrota tiene todo un lenguaje propio, como el abanico aunque algo menos sugerente. Es difícil ponerse coqueta a garrotazos.

Las mujeres están dentro dando clases de memoria, informática e inglés, entre otras cosas. La mayoría no sabe ni qué hace en esas actividades, pero son gratis. Un año quisieron cobrar matrícula y acorralaron a la conserje hasta que bajó el concejal de Mayor y Familia y se pudieron despachar a gusto con él. En Navidad el alcalde les metió una botella de moscatel y una caja de lenguas de gato en la cesta y el incidente quedó más o menos solventado. Desde entonces no les cobran ni el callista. La conserje sigue de baja y si ve más de tres abuelos juntos se colapsa.

12:38 H. LLEGA LA QUE FALTABA. TARDE, COMO SIEMPRE.

—¡Chocho! —grita la Marce mientras se acerca saludándome a lo lejos con la mano. Se ha puesto los zapatos con plataforma y va corriendo como ciervo recién nacido. Un día se va a caer de esos tacones, que son como un bajo entreplanta, y se va a romper la crisma.

Viene vestida con una camiseta del taller de su cuñado, ceñida hasta la asfixia, y una minifalda pegada a los muslos como el plástico de los tranchetes, que para quitársela se tiene que chupar los dedos. En su línea de sencillez y frescura. Porque la Marce es de contorno espacioso, pero sólo compra la talla M, aunque la sangre no le circule.

Cuando por fin llega a la mesa, roja y jadeante, se tira sobre la silla y suelta un suspiro de puro agotamiento. Me mira a mí. Mira a mi tía abuela. Vuelve a mirarme a mí.

—Luisi, ¿quién es esta señora y por qué se está metiendo los panchitos de aperitivo en el bolso?

—Es mi tía abuela, Virtudes, que hoy pasa el día conmigo. ¡Tía, le presento a mi amiga Marcelina!

—Encantada, señora.

—Quita, a mí no me beses —le dice Virtudes apartándose hacia un lado cuando la Marce le va a dar dos besos—. A mí no me beses que a saber...

Marce me mira de nuevo girando en círculos el dedo índice contra su sien. Yo apruebo su diagnóstico agitando la mano a la altura del pecho. Mi tía es un personaje peculiar. Los 80 los tiene ya celebrados varias veces, y se ve que el tiempo la trata más como al pan de molde que como al buen vino. De aspecto es menuda, arrugada, muy flaca y camina encorvada. Trae el pelo blanquísimo chafado por detrás de haberse levantado de la cama y haberse cepillado sólo lo que ella se ve en el espejo. De oído y de vista tiene lo mismo que un tiesto, y cuando le da el derrepente, que sucede a menudo, es peor que una tertuliana. Aun así tiene una mirada resabiada y un gesto tranquilo de serena indiferencia.

—A ese me lo tiraba yo si él quisiera —dice la Marce mirando al camarero nuevo, uno de Europa del Este con más cuello que muslo y cara de que te va a volcar el coche—. Y que me deje como la toalla del bidé.

Marcelina nació con el don de convertir cualquier situación en el eslogan de un puticlub.

—Bueno, ¿y qué tal el otro día con Manolo? ¿Probaste lo que te dije? —me pregunta removiendo los hielos del biterkás con el dedo.

—Sí, hija, sí. Lo probamos —le contesto resignada.

—Qué pasa, ¿que no te gustó?

—Yo sadomasónica no me veo. Lo de pelearme y hacer el amor me gusta que vayan separados.

De repente me interrumpe y señala a Virtudes con el pulgar, pero la tranquilizo con un gesto de la mano. Si hablamos en un tono de voz normal no nos oye. Además ahora está entretenida con un mando a distancia que ha sacado del bolso y se lo ha pegado a la cara para intentar leer lo que pone en los botones.

—¿Y Manolo? —sigue interrogándome la Marce.

—Manolo está como el perro cuando lo castramos, que viene a comer si le llamo pero con desconfianza. Me ha escondido los cinturones.

Mientras inspecciona el mando, Virtudes está comiendo aceitunas con la boca abierta, haciendo el mismo ruido que un bebé al mascar un chupete.

—Vosotras dos sois un poco putillas, ¿no? —suelta de golpe, sin dejar de chascar con la aceituna ni de escrutar el mando a distancia.

—¡Pero tía!

—Las jóvenes de ahora sois muy guarras.

—Por favor, tía, no diga esas cosas.

—Y mi hija sin llamarme —se pega el mando de la tele a la oreja—. No da señal. Toma, míramelo tú, que yo no lo entiendo.

—Virtudes, que esto es un mando a distancia, no un teléfono móvil.

Me lo quita de las manos y se lo vuelve a pegar a las gafas para examinarlo de nuevo. Ahora entiende por qué no cambiaba de canal el televisor.

—Pues en efecto —confirma metiendo el mando en el bolso—. Me han vuelto a dar el cambiazo.

—¿Quién le ha dado el cambiazo? —pregunto sin poder aguantarme la risa.

—Mi yerno, que es gilipollas. Le voy a quitar del Facebook.

La Marce ha dejado de hacernos caso para ponerse a seducir al camarero. Le lanza un beso estirando los morros a cámara lenta. Luego, sin dejar de mirarle fijamente, chupa el borde del vaso como un San Bernardo rebañando un yogur. Cautivadora. Para terminar se acaricia el cuello y los pechos y le señala como diciéndole «todo esto es pa ti, a domicilio o a recoger en local». Así es como Marcelina se pone sexy.

—Marce, por favor...

—Es que me está provocando, y yo tengo la zanja en obras.

—¡Si no está haciendo nada!

—Pero lo piensa; se lo noto en los ojos. Además con esos pantaloncitos ajustados va provocando. A este me lo calzo yo como está mandao.

—¿Tú no estabas ahora conociendo a uno? Un taxista que era muy majo —le pregunto haciendo un esfuerzo por recordar cuál es su última aventura amorosa.

—Sí, pero ya le dejé, que era muy pesado. A mí me gustan como el ruso este, que vengan de la guerra y quieran seguir luchando.

—Da igual lo que te diga, ¿verdad? Te vas a lanzar a por él.

—Como que estas dos son mías —contesta agarrándose las pechugas con las dos manos y dándolas un remeneo. El pecho que tiene ahora se lo puso el año pasado. Dijo que se iba a hacer un leve aumento, algo sutil, y se plantó un par de tetas que no le da el sol en los pies. Desde entonces no puede ver la tele tumbada. Menos mal que, por lo menos, el culo le hace contrapeso y no se vence de bruces.

—Un día vamos a tener un disgusto, Marce.

—Pues que me pille boca arriba.

Al ratito yo me marchó porque tengo que dar de comer a mi tía abuela, que almuerza a la una y media en punto sin discusión. Marcelina se queda un poco más en la terraza conquistando Polonia mientras yo me alejo con E. T. vestido de gitana colgando del brazo.

Luisi Balboa

LUNES 11 DE MAYO. 18:00 H.

Me he apuntado al gimnasio municipal con la Marce, que nos hacen descuento. Manolo no viene porque dice que está hecho un toro. Esta mañana se ha subido a la báscula y me ha dicho «mira, de cero a cien en dos segundos, como un Ferrari». Discutir con este hombre es como hacerle cosquillas a un alemán. Yo ya no le digo nada.

Nos vamos las dos solas. Mientras la espero en la calle la estoy viendo venir desde la esquina de la pastelería y la madre que la parió el chándal que me trae, que parece el cojín de una gitana. Enfilamos calle arriba y llegamos al gimnasio.

18:15 H. PLANTA BAJA DEL GIMNASIO.

Cuando nos han enseñado las instalaciones nos metemos en clase de Taichí. Dice el profesor que vamos a empezar estirando, que nos toquemos los pies con la punta de los dedos. A la que nos agachamos a la Marce se le escapa un cuesco de los que van con salsa, hasta las moscas le aplauden, pero ella no se pone roja ni nada. Se incorpora y dice «eso pal que barre». Marcelina es un espíritu libre.

Por fin empieza lo que es el cunfú. El profesor hace cosas raras con las manos, como si estuviera andando a oscuras por casa buscando el interruptor de la luz. De repente me mira y mueve los brazos en círculo, que yo supongo que eso será una invitación al combate, así que suelto la pierna hacia delante.

A mí nadie me había explicado que en Taichí no se pegan patadas en los cojones. Qué angustia el pobre, ahí en el suelo retorciéndose. Se forma a su alrededor un círculo de alumnas que le observan y comentan.

—Dejadle respirar, que le estáis atosigando.

—Yo creo que está pidiendo agua.

—A ver si es que le has dado en el hueso de la risa...

—Pues dicen que una patada ahí duele como un cólico frenético, que lo tuvo Eusebio, el del estanco.

18:20 H.

La clase se ha terminado por hoy, pero han sido cinco minutos muy bien aprovechados, el Taichí relaja mucho. Por lo menos yo me he quedado muy a gusto. Y como se han tenido que llevar al profesor entre dos al vestuario, han adelantado la clase de Zumba Fitness, que también nos hemos apuntado, aunque la Marce dice que a ella el cuerpo le pide que le den sólo zumba, sin fitness. Esta mujer...

Resulta que a esto se ha apuntado también María Dominga. Yo la conozco de haber coincidido alguna vez con ella, sobre todo en el bingo, pero nunca hemos hablado, aunque cada vez que canta línea le da un puñetazo a la mesa que me saltan todas las fichas y ya no sé qué números han salido. Le pone mucha pasión a todo: al bingo, a los portazos que da, a meter el puño en el café para mojar la porra, a fostiarte el brazo mientras te habla.

La monitora lleva unas mallas que se le marcan hasta las picaduras de mosquito. Cuando se agacha se le debe rizar el pelo de la nuca. Nos pone una canción a todo volumen de estas que escuchan ahora los jóvenes que han venido nuevos con la gorra de lado, una que dice «dale mamita, lo rompe, lo gosa, que tu papi te da su poronga golosa» o algo así, y luego «hiueputa, gonorrea», creo. La profesora baila como si estuviera enfadada y hace como que se da azotes a sí misma mientras nos grita.

—¡Vamos! ¡Dale! ¡VENGA TODAS! ¡Más fuerte, venga todas ya!
¡Arriba, una vez más! ¡Arriba, abajo, arriba, abajo!

Ahora mismo tengo una teta en el hombro y otra debajo del brazo, me las voy a traumatizar. A mi lado María Dominga, por cómo suena, se está dando los azotes de verdad. Va a despellejarse el muslo. Qué pasión la de esta mujer, no me cansaré de decirlo. Las demás ya vamos cada una por nuestro lado porque a la loca esa no hay quien la siga. Tiene a una que a la segunda flexión ya se ha quedado en el suelo, las de la última fila van tres o cuatro pasos de baile retrasadas, la Marce está pegada a la cristalera haciendo gestos a los chavales que hacen pesas y yo estoy escojonadita de dar saltos. Cuando se acaba la música no queda una en pie, qué escabechina.

19:00 H. ARRASTRÁNDOME.

Creo que mejor me ducho en casa con tal de salir de aquí cuanto antes. La Marce va tan fresca porque se ha pasado la Zumba a sus cosas, acosando a chiquines, pero yo voy andando medio despatarrada sin poder ni doblar las rodillas. Además el culo me ha engullido las bragas y me temo que hasta que llegue a casa no voy a poder recuperarlas. Me va a costar a mí esto de ponerme en forma.

Camino del vestuario pasamos junto a las cintas de correr, donde la mujer del concejal de obras trota fofamente porque si corre se despanzurra. Se ve que es ella porque lleva más joyas encima que el negro del Equipo A. Es de las de «to lo que tengo, traigo». También por el bronceado mandarina desde la cara hasta la base del cuello. Adelita, la mujer de Rafael, el de la zapatería, dice que son joyas buenas, de la galería del coleccionista para arriba. Si eso es cierto, lleva un potosí colgando. Ya solo el anillo «Catalina de Prusia» te sale por 49,95 al mes si optas por los cómodos plazos. Pagado a tocateja no me quiero imaginar.

Total, que en el pueblo es *trending topic*. Se comenta que está liada con el monitor del gimnasio, y eso que le saca treinta años y la misma cantidad de kilos. Me la quedo mirando mientras intento capturar algún borde o costura de las bragas con el índice y el pulgar, algo que está resultando más complicado que agarrar un melocotón en almíbar. Me agacho un poco e hincó más los dedos en el pantalón del chándal haciendo la pinza del cangrejo. Las bragas tienen que estar en algún sitio entre los dos mofletes del culo, la

presiento. Hay un chiquín mirándome inmóvil con la boca medio abierta. Podría intentar justificar por señas mi comportamiento, pero sospecho que mis gestos serían fácilmente malinterpretados, así que me doy la vuelta y me alejo encorvada y abierta de patas, con los dedos haciendo espeleología en mis zonas blandas. Necesito recuperar mi lencería para poder caminar como un ser humano.

Cuando paso justo al lado de la cosa esta de mujer, el monitor se acerca por detrás y disimuladamente le da un papel que ella rápidamente se mete en un bolsillo. A mí se me activa de repente el gen de la portera que me inunda de ansia de enterarme para luego cascarlo. ¿Pero cómo leer la notita sin que la cutufa se de cuenta?

Marce propone un plan sencillo pero efectivo para despistar al objetivo: «espera que se lo digo a María Dominga». Ellas han tenido más trato porque jugaron juntas en el último campeonato de Tute de las fiestas patronales. Las descalificaron cuando María Dominga le tiró la baraja a la cara a Presentación, con tan mala suerte que le acertó en el ojo de las cataratas con el siete de copas. Se fueron las veinticuatro participantes corriendo a urgencias con ella, expresando en alto sus temores.

—¡Ay, que la ha dejao tuerta!

—Qué mal golpe, Virgen de Lourdes.

—Intenta abrir y cerrar el ojo, que le entre el aire.

—Esto pasa por comprar barajas con las esquinas en pico. ¡Poco ha pasado! ¡Poco!

—Yo acabo de cantar las 20 en oros, eso que quede apuntado.

María Dominga escucha atentamente el breve cometido que le encomienda la Marce. «Tienes que entretener un momento a la mujer del concejal». Dicho y hecho. Se acerca a ella por la espalda y la empuja con las dos manos.

—Tomar por culo —dice mientras la otra se descojona viva por la cinta de correr, intentando agarrarse al apoyabrazos para no salir volando.

¡Pero de dónde ha salido esta maruja sicaria! Da igual, no hay tiempo.

Una vez comprobado que la fofa no sufre lesiones graves —caiga como caiga, esta mujer cae sobre blando— me agacho junto a ella fingiendo ayudarla a levantarse. La notita le asoma por el bolsillo, está a mi alcance. El corazón me late como un fandango zapateao. Sólo necesito echarle los dedos y tirar suavemente de ella, pero los nervios no me dejan. Tengo el pulso como para robar panderetas. Al final una mano aparece y tira de la croqueta naranja hacia arriba. Es el monitor, que me mira con una cara de odio que ni que fuera yo la que cobra los peajes.

—Se ha caído ella sola —digo por si cuela.

He fracasado por muy poco. La certeza del rumor me la ha arrancado el monitor de las manos, pero me he quedado con la sospecha, esa la tengo a buen recaudo. Esto hay que investigarlo a fondo.

Anatomía de Luisi

MARTES 12 DE MAYO. 9:17 H. DESPANZURRADA EN LA CAMA.

Yo me cago en la zumba, en el taichí y en el chino que se las ha inventado. Llevo media hora despierta, tirada boca arriba en la cama, y sólo puedo parpadear y relinchar. Estoy esfolá. Me retuerzo como puedo para coger el móvil de la mesilla de noche y enviar un mensaje al grupo de wasap del gimnasio.



Justo cuando digo eso suena el teléfono. Es mi madre. Debe de tener un sexto sentido o alguna forma de leerme los mensajes, porque no es normal lo oportuna que es esta mujer. Me llama para un recado, pero antes me pone al corriente de sus irregularidades intestinales, de las que me informa siempre que hablamos. Lleva tres días sin hacer de vientre, y eso que se desayuna un kivi todas las mañanas y se merienda un yogur de hacer caca. Pero no le agarra la fibra al bolo.

9:37 H. ESTA MUJER NO SE CALLA.

Después de ponerme al día de sus evacuaciones y otras generalidades, me pide que acompañe a mi tía abuela Virtudes al médico, que anda con el lumbago tronchado. Encima tiene que ser ahora mismo porque al ambulatorio hay que ir temprano para coger un buen sitio. A tomar por saco mi día de descanso.

Voy a recogerla dando un paseo sin doblar las rodillas ni los codos, por las agujetas. Para subir unas escaleras tengo que ir de escalón en escalón, agarrada a la barandilla y levantando la pierna como un perro cuando hace pis. La gente me mira con pena y yo sonrío y doy los buenos días. A ver, qué voy a hacer.

10:20 H. PRIMERA PARADA: LA ACERA DE LA CASA DE MI TÍA. AQUÍ LA GENTE NO RECOGE LAS HECES CANINAS.

Sale mi tía del portal apoyada en un bastón y doblada hacia el suelo porque el lumbago no le deja erguirse. Yo como Robocop y ella agarrada a mi brazo como una cerda buscando trufas. Nos vamos a ver al mago de Oz.

Decidimos coger el autobús para que no nos echen monedas por la calle. Dos minutos casi hasta que Virtudes y su garrota suben los tres escalones. Le digo que vaya sentándose mientras yo cojo los billetes, pero nada más cerrar la puerta, el conductor pega un acelerón que manda a Virtudes corriendo por todo el pasillo; la pobre mujer parece un mono robando un bolso. Al final consigue agarrarse a una barra y sentarse. Veo al fondo su cardado hecho un revoltijo y voy dando tumbos hacia ella. Casi me da algo del susto.

10:50 H. SEGUNDA PARADA: EL CENTRO DE SALUD. EN LAS AFUERAS DEL PUEBLO, PARA QUE TE MUERAS ANTES DE LLEGAR A URGENCIAS.

Ya estamos en el ambulatorio, aunque tiene cita a las 11:30, que a mi tía le da pánico que salga la enfermera para ir llamando y no estar ya allí para decir «sí, aquí, yo». Y veo que tiene razón con las prisas porque aquello está como el carnaval de la tos, no cabe un pensionista más.

Virtudes echa un vistazo concienzudo y elige sitio: al lado de una señora que también lleva bastón, así rolliza, de hueso bien tapado. Las dos se dedican una mirada larga y desafiante, lo veo desde la esquina del banco. La otra señora, que por lo visto se llama Teresa, se coloca la falda, coge mucho aire y suspira.

—Ay señor, llévame pronto...

Al instante suspira también mi tía, que se echa la mano al lumbago y se lo frota con energía.

—Qué dolor más grande, sólo Dios sabe lo que estoy pasando.

Teresa la mira de reojo y se abanica la cara con la mano.

—Este menisco va acabar conmigo... —Se masajea la rodilla—. Cinco operaciones ya, si no me vuelven a operar.

—Siete llevo yo de la reuma —dice Virtudes, que mete la cabeza entera en el bolso como una avestruz, buscando un pañuelo.

—De la cadera me operan a mí ahora, en un mes. Dicen que la puedo perder —contraataca Teresa, pero con naturalidad, quitándose importancia.

—Esa la llevo yo de hierro, que me la traspapelaron. A ver ahora qué me dice don Venancio cuando entre.

—Uy, hija, pues espero que estés mejor que yo, que no sabes qué dolor.

A Virtudes le está empezando a hervir la leche, lo estoy viendo. Levanta un poco la garrota y da un golpe en el suelo.

—Me vas a comparar...

—Si no lo digo yo, lo dice hasta Consuelo, la peluquera, que me dice «ay Teresa, hija, qué mal te veo».

—A mí me lo dice mi nieta, que es abogada: «abuela, qué bajón has pegado este último año». Tiene coche de empresa. Ahora le han subido el sueldo para que no se vaya.

—Yo a Navidad no llego, ya se lo he dicho a mis hijos.

Cuando el combate está a punto de llegar a los bastonazos, sale la enfermera con el listado en la mano.

—Virtudes Capellán. ¿Virtudes Capellán? ¿No está Virtudes Capellán?

—¡Tía, coño! —le digo dándole un codazo.

—¡Yo, aquí, servidora! —Se levanta despacito, con una mano en la garrota y la otra apoyada en mi brazo. Pero despacio, muy despacio, y suspirando. Que se sepa quién es aquí la que más sufre.

Cuando salimos de la consulta, se levanta Teresa del banco, que es la siguiente. Las dos se cruzan, deteniéndose una al lado de otra. Teresa gime de puro sufrimiento y escupe la pregunta.

—Bueno, ¿qué tal?

—Uy, fatal —responde mi tía—. El doctor no ha visto nunca un dolor como el mío. No se explica cómo sigo viva.

—Lo mío va a ser ébola, porque en mi barrio hay un negro. Fíjate lo que te digo.

—Bueno, me voy que tengo que hacer mucho reposo.

—Con Dios, hija.

—Lo mismo, chata.

Autoservicio

JUEVES 14 DE MAYO. 19:05 H. CAFÉ-PUB «EL HOJALDRE DE YOLANDA». LOCAL QUE FRECUENTAMOS MUCHO POR LOS GENEROSOS APERITIVOS INCLUIDOS EN LA CONSUMICIÓN.

Al principio intento desempaquetar el regalo con cuidado para poder reutilizar el papel, pero según los celofanes se me empiezan a resistir me va entrando un ansia que termino arrancando el envoltorio a zarpazos como una psicótica. La Marce, que percibe mis dificultades, intenta ayudarme a quitar el papel sin romperlo pero gruño y la aparto de un manotazo.

Tiro el papel dorado hecho un gurrño al suelo e inspecciono el regalo que me ha hecho: un vibrador.

—¿Te gusta?

—¡Uy, me encanta! —La sonrisa falsa me está provocando espasmos en los párpados—. Es un detallazo —es una mierda, Pero bueno.

A mí estas cochinadas no me han gustado nunca, pero dice la Marce que una mujer de hoy en día se tiene que dar placer a sí misma porque tú conoces mejor que nadie tu propio cuerpo y tus zonas de marisqueo. Así que me ha regalado el vibrador «Lady parrús» —que por lo visto es lo mejor que hay ahora mismo en menaje del hozar— para que me explore yo a solas el fruti di mare. Esto lo hacen ahora mucho las famosas que tienen blog.

19:45 H. EN CASA CON EL REGALITO.

Aprovecho que Manolo está en el sofá rompiendo la barrera del ronquido para quitarle las pilas al mando del Gol TV y probarlo. Esta Marce siempre me anda liando, quién me mandará a mí... Vamos a ver: en la caja pone que tiene cinco velocidades y un botón de 4x4 para las que ya han ganado rallies. Yo despacito al principio que no quiero salir en las noticias. Además esto mide, a ojo, como dos manolos contentos, y es dorado así que lo mismo deja cerco verde.

El cuarto de baño es el sitio más seguro para empezar las prospecciones. Una vez echado el pestillo, me arrimo el vibrador a la juanola y lo pongo en marcha. Creo que he arrancado en 5.^a porque el culo me rebota contra la taza del váter y los dedos de los pies me hacen «los cinco lobitos». Acto seguido me sube un escalofrío desde el pomelo hasta la nuca que me quedo bizca y con la boca abierta.

Esto es una cosa loca de gustito, no puedo negarlo. Como el chorro de la piscina pero sin que las bragas te hagan pompas. Al final va a tener razón Marcelina.

—Luisi, ¿qué haces? —oigo gritar a Manolo desde el salón.

—Naaaaada —la voz también me vibra. Vibro toda.

Con el escándalo he debido de despertarle, que ya es difícil. Me imaginaba que este chisme sonaría como el cepillo de dientes, no como la Black&Decker. Como venga me va a pillar con una pierna subida al lavabo, las bragas colgando del tobillo y agarrada al grifo del bidé para no volcar. Aquí desbrozando, fina y coqueta.

Cuando salgo del baño voy por el pasillo despatarrada como una iguana porque si junto las piernas el willywonka se va a poner a dar palmas. Qué tembleque llevo en todo el cuerpo. Manolo me sale al encuentro y me mira con cierta desconfianza, probablemente por la sonrisa de coneja de peluche que debo de llevar en la cara.

—¿Estás bien?

—Yo divinamente.

—No estarías taladrando los azulejos...

—No, los azulejos no —me da la risilla tonta.

—Qué es eso que tienes ahí.

—La baticao.

—Luisi...

—Oye, Manolo, que digo yo que a ver si aprendes a meterla tiritando.

—A ti te tiene que ver un especialista, te lo digo de verdad.

Lleno, por favor

VIERNES 15 DE MAYO. 9:22H. DESPANZURRADA EN LA CAMA QUE PARECE QUE ME HE CAÍDO DEL TECHO. RESPIRO FUERTE Y ESTIRO LOS DEDOS DE LOS PIES.

Qué relax, qué a gustito, qué buen día hace hoy, qué bonita es la vida. Qué escocida ando también, pero qué vivaz ardor. El vibrador descansa a mi lado. Pasamos mucho tiempo juntos últimamente. Creo que vamos en serio.

9:25 H. DESPANZURRADA EN LA CAMA. ME LLENO LOS PULMONES DE AIRE Y LO SUELTO SUSPIRANDO.

—Soy un junco...

9:27 H. DESPANZURRADA EN LA CAMA. SUELTO MÁS AIRE HACIENDO VIBRAR LOS LABIOS.

No sé cuántos viajes me he pegado al Congo pero me he fundido un paquete de pilas alcalinas. Que no se me olvide comprar más. Y una pomada de uso frecuente para que no se me despelleje. Si me bajo ahora mismo las bragas me hace pedorretas.

Desde que uso el vibrador duermo más, estoy de mejor humor, subo a casa por las escaleras, saludo a las vecinas... Yo creo que hasta tengo más fuerte el pelo, con el rizo más definido. Y he ganado elasticidad en la pepitilla. Me la noto más en forma, más despierta, con más apetito. Tres

comidas diarias me hace, y ni una arcada.

9:50 H. DESPANZURRADA EN LA CAMA. INTENTO ALCANZAR LA BOTELLA DE AGUA DE LA MESILLA DE NOCHE. NO LLEGO. NO BEBO. BAH.

Si sigo a este ritmo al final me va a pillar Manolo. Lo va a notar en cuanto eche un vistazo y vea que tengo el repollo como la garganta de una soprano. Debería de dejarlo una semana en barbecho. Pero no puedo parar; ni quiero. Si me descubre me da igual. Se lo contaré:

—Manolo, yo no te quiero menos que antes, y seguiremos haciendo muchas cosas juntos, pero esto es ahora una cosa de tres. Podemos superarlo. Bueno, puedes superarlo tú, que yo me lo estoy pasando como un enano en la secadora.

No. Que tampoco parezca que me regodeo. ¿Pero cómo puede una resistirse a la llamada de la gusa? ¿Cuántas mujeres saben que los orgasmos pueden venirte seguidos y dejarte babeando y con los rojos como un catarro? A lo mejor escribo un blog con un pseudónimo audaz, como Louise de la parroise.

9:55 H. DESPANZURRADA EN LA CAMA. SUENA EL TELÉFONO. DESCUELGO.

—¡Como volváis a llamarme os juro que voy y os quemo la oficina! —chillo enloquecida.

Los de Jazztel.

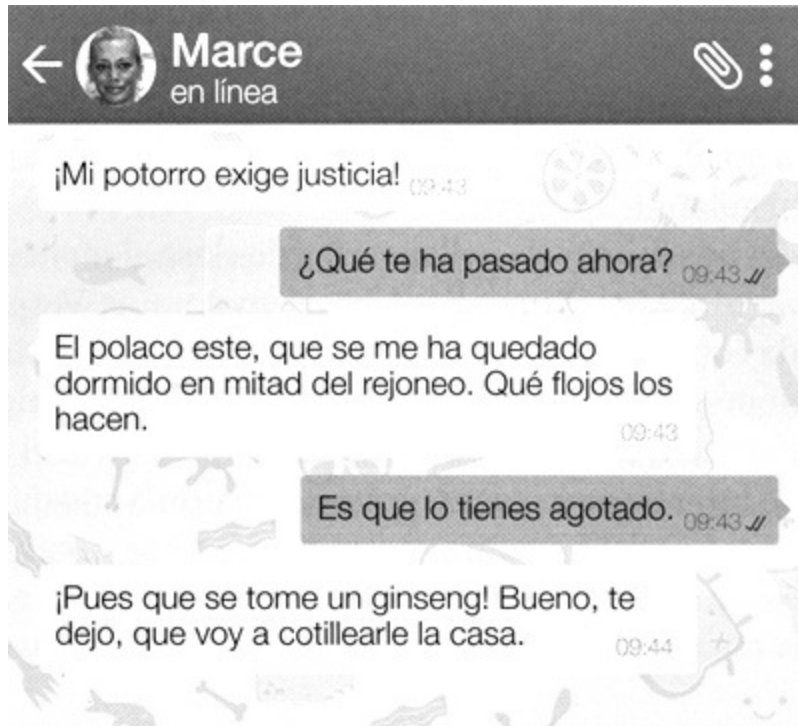
Si al menos Manolo se esforzara un poco por innovar o dejarme satisfecha... Tampoco le pido prodigios gimnásticos, pero es que su pericia sexual se limita al misionero roedor y a agarrarme la cabeza como el que saca un córner cuando quiere sexo oral. Si hasta gime más cuando hace pis que cuando le hago el truco de aspirar moquetas, que me dejó los mofletes en ello.

Hemos caído en la rutina. Normal, por otro lado, porque llevamos más de media vida juntos. Nos conocimos en 2.º de BUP. Él estaba tripitiendo curso y nos pusieron en la misma clase. Allí era el rey, el veterano que se las sabía todas, un rebelde. Feo como un culo con pestañas, porque era feo, no se puede negar, pero con ese aire de macarra inconformista que tanto gustaba.

Un día nos fuimos de pellas varios de clase al monte, a hacer el vago, y Manolo me llevó en su moto: una Vespa destartalada con la que iba al instituto, cubierta de pegatinas de Fido Dido y de los toi: toi sobao, toi glotón, toi burrido, toi como una moto (con esta se partía de risa). Yo no sé si es que me quiso impresionar o qué le gruñó la neurona en aquel momento, pero aceleró en una cuesta abajo y nos pegamos un hostión que me partí dos dientes. Ahí empezó el idilio. Años después me confesó que puso la Vespa a la galopa para que me agarrara bien a él y «sentir tus mamellas en mi espalda». Literalmente, así como lo cuento. Estaba obsesionado con mis zonas cárnicas, y lo sigue estando, porque se amorra a la teta siempre que ve hueco. Más de una vez me he despertado y allí estaba él, tocando la bocina con disimulo, calladito. Como si me estuviera exprimiendo una naranja en la teta.

Después de aquel incidente le cogí una tirria que no podía ni verlo. Estuve un mes yendo a clase con los dientes mellados. En gimnasia, con el chándal, parecía una heroinómana. Pero Manolo no se rindió. Era muy detallista, me regaló un casco, me llamaba todos los días a casa, que un día ya tuvo que ponerse mi padre y decirle que dejara de llamar a su hija o le abriría la cabeza. Y aún así él siguió llamando, aguantando el chaparrón. Incluso se pintó los dientes con un rotulador negro hasta que me arreglaron los míos, para que también se rieran de él.

9:43 H. DESPANZURRADA EN LA CAMA. WASAP DE LA MARCE.



Lo cierto es que Manolo me hacía reír queriendo y sin querer, sobre todo sin querer. En nuestra boda se empeñó en que nos casaran por el poder de Grayskull. Era más gracioso que un gato bizco. Yo me hacía los test de la Superpop con la Marce para saber si era o no el amor de mi vida, con resultados dispares. Se suponía que en algunas cosas estábamos hechos el uno para el otro, pero el horóscopo decía que en la cama no había ninguna química. Aunque, como decía Marcelina, cada coño es un mundo y el mundo es muy grande. Ya era primorosa por aquel entonces.

Luego llegó la época en la que empezamos a salir de marcha y apareció Joaquín. El típico chico que era guapo y lo sabía, un ligón que nos traía locas a todas. Y claro, cuanto menos caso me hacía, más me gustaba. Estuve una temporada sin ver a Manolo. Me contaron que se había metido en un grupo de Rock (porque antes Manolo tenía pelazo de empresario del Ibex 35, no como ahora, que es una patata germinada) y estaba hecho un macarra de cuidado. Eran los años 80, la movida, el despiporre. Por lo visto se ponía de absenta que le llamaban «el barandillas». Sacó una puntuación más alta en el alcoholímetro que en selectividad.

9:47 H. DESPANZURRADA EN LA CAMA. SUENA EL TELÉFONO. ES

MI TÍA VIRTUDES.

- Dígame, tía.
- ¿Hola?
- Hola, tía, dígame.
- ¿Hola, me oyes?
- Yo sí la oigo, ¿y usted me oye a mí?
- Te oigo fatal. ¿Quién eres?
- La Luisi, quién voy a ser...
- ¿Qué Luisi?
- ¡Su sobrina!
- Pues me he equivocado. Adiós.

Y con las mismas me cuelga y me deja con la despedida en la boca.

¿Cómo acabé al final con Manolo? Su mejor amigo, Magencio, empezó a salir con la Marce y recuperamos el contacto. Yo ya había conocido a muchos chicos, pero Manolo tenía algo que los demás no tenían: Manolo no insultaba a nadie, no atacaba a nadie, no destruía nada, no se imponía, no odiaba, no despreciaba, no juzgaba, no guardaba rencor, no se vengaba. Sólo a su lado me sentía realmente en paz, lejos de todo lo más feo de la gente que parecía ser más guapa. Todavía hoy conserva esa cualidad.

Responsable de bazar acuda a Información

SÁBADO 16 DE MAYO. 10:16 H (LAS 10 DE LA MADRUGADA SEGÚN MANOLO). RECIÉN LEVANTADOS.

Acabamos de cobrar y vamos al Mercafur a hacer la compra gorda del mes. A Manolo esto sí que le gusta y se le nota en que no remolonea ni se escapa al bar. Ya lo tengo en la puerta esperando.

—Adonde vas tú con ese chándal de *Ballantines* todo costroso, a ver.

Él estira la goma de la cintura y sonrío satisfecho.

—Esto me da la libertad que yo necesito —y suelta la goma de golpe.

Y qué le contesto yo a eso, si además se lo va a pasar por el flequillo del gnomo. Pues nada, en marcha.

11:40 H. SALIENDO DEL PARKING. MANOLO HA VUELTO A APARCAR EN EL ESPACIO RESERVADO PARA CARGA Y DESCARGA. ME COMUNICA QUE SE LA SUDA. LE HAGO SABER QUE A ESTAS ALTURAS A MÍ TAMBIÉN ME LA SUDA.

Aquello está que no cabe Kate Moss metiendo tripa. Le doy un euro a Manolo para que coja un carrito, que le encanta conducirlo haciendo ruidos con la boca y luego decirme que ha hecho la vuelta rápida rozando los muros (lo que significa que ha tirado algo de alguna estantería con el carro). Le digo

que le espero en la charcutería.

11:51 H. FRENTE AL MOSTRADOR DE LA CHARCUTERÍA LLENO DE
HUELLAS DE MANOS: INFANTILES ABAJO, JUVENIL Y SENIOR MÁS
ARRIBA.

—¿Esto va por número o por vez? —digo bien alto.

—No sé, yo voy detrás de esta señora.

—Hay que coger número, que lo tienes ahí.

—Creo que detrás de esta señora iba yo, que me estaba guardando el sitio, que he ido a por aceite de girasol.

—Perdona, pero la última en llegar has sido tú.

—No, bonita. Yo estaba ahí cogiendo unos contramuslos de pollo pero he dejado aquí la cesta, para que se vea que no me he ido.

Ya se ha liado. Yo por si acaso cojo número aquí, en la carnicería, en la pollería y en la pescadería. En ello estoy cuando llega Manolo derrapando. No sé cómo lo hace para tardar sólo cinco minutos y traer el carro medio lleno de mierdas. La cerveza y los altramuces pase, pero los prismáticos de plástico, la lijadora y el balón del mundial de fútbol le hago sacarlos, aunque refunfuñe. También ha escondido al fondo del todo unos DVDs de aquagym porque dice que las titis están jabugas. Ya hablaremos en casa, que contenta me tiene. Qué obsesión le ha entrado ahora por ver cosas de esas.

Si me entero de que no hay cámaras mirando, a la mujer que tengo delante en la pollería la voy a estrellar contra la vitrina.

—Ponme un pollo bien hermoso. No, ese no, ese. El de abajo. Ese. Me le cortas por la mitad que es para asar, pero no entero, me le das dos golpes así. Me le quitas los muñones y las entrañas. Sí, el hígado déjamele. Quítamele esas plumas de las alas. Ahora me das dos kilos de pechuga, cortadita en filetes. Muy finos. Más finos. Sí, así. Y dame también un conejo. A ver ese cuánto pesa. ¿Y ese otro qué pesa? No, ese es muy pequeño. ¿Cuánto pesaba el primero? Pues ponme el otro, ese, el segundo. Me le abres por la mitad también, que es para hacer al horno. No, la cabeza no la quiero. ¡No! ¡No me le abras entero, hombre! Sólo unos golpecitos. Bueno, ya déjalo, da igual.

Ahora ponme seis codornices, me las limpias bien por dentro. Quítameles también esas plumitas que le salen.

¡Y que les ponga un lazo y les pinte las uñas! Media hora lleva, que está montando una cola que llega hasta donde los vinagres. Como pida algo más, la voy a coger de esos cuatro pelos de mona de zarza que tiene y la voy a arrastrar hasta el pasillo de los congelados. Esperar colas me pone de muy mal humor.

De pronto noto un golpe en las piernas por detrás. Es Manolo, que viene montado en el carro como si fuera un trineo y se ha pasado de frenada. Casi me parte los tendones de Aquiles el animal.

—Manolo, deja de hacer el anormal con el carro y atiende, que esto es importante. Tienes que traer café, del más baratito, el que compro yo siempre —Manolo asiente serio y concentrado—. Pero no puedes pasar por el pasillo de los detergentes porque está bloqueado por los carros de cuatro señoras que están de tertulia, así que tendrás que seguir otra ruta. Toma la sección de los lácteos y gira a la derecha cuando veas los desodorantes. Allí te intentará cortar el paso la azafata de El Pozo, que tiene el jamón york en promoción. No la mires, Manolo, es muy importante eso, que a ti te venden cualquier cosa. Hará todo lo posible para que pruebes las salchichitas de cóctel, pero tu dirás que no educadamente con la cabeza. Avanza deprisa sin pararte en los expositores de las ofertas, no cojas mierdas.

—Entendido.

—¿Podrás hacerlo?

Me agarra la mano y me mira fijamente a los ojos.

—Si no he vuelto en diez minutos, sigue tú sola. Lo importante es que no se estropeen los congelados —se aleja empujando el carrito entre góndolas con verduras frescas, de la huerta a la mesa.

—Manolo...

Se detiene y se da la vuelta. Lleva la sudadera metida por dentro del

pantalón, y el pantalón por encima del ombligo. Cuestión de aerodinámica: según él, le da dos décimas por vuelta. Le digo unas últimas palabras.

—Mitad natural, mitad torrefacto.

—Confía en mí, Luisi —y se pierde entre el océano de gente. Qué gordo se está poniendo, ahora que lo veo en perspectiva.

12:48 H. HASTA EL POTORRO DE GENTE, DE CARRITOS, DEL HILO MUSICAL Y DE QUE LLAMEN AL RESPONSABLE DE BAZAR POR MEGAFONÍA PARA QUE ACUDA A INFORMACIÓN.

Mientras Manolo anda por ahí de misiones, voy a comprar un jabón especial para el «Lady parrús», que no quiero que se me estropee ni me coja musgos. Hay una chiquina jovencita, muy arreglada, atendiendo en la sección de cosmética.

—Hola, quería un gel que sea bueno. Delicado pero enérgico con los microbios.

—¿Lo quiere para pieles atópicas?

Y yo qué sé cómo es la piel de chichi...

—Dame uno para pieles peludas.

—¿Qué es, para un señor con mucho vellito?

—Bueno, con mucho bigote. Y con el pelo así duro y abigarrado, como la espalda de un torrezno.

—Mira, tienes este suavcito y que lleva aroma a vainilla.

—Mejor sin aroma.

Manolo huele la comida a metros de distancia y encontraría el vibrador en dos olfateos. Si no puedo ni esconderle los bollos, que da con ellos el mismo día que los compro. A mí me gusta tener siempre alguno en casa, por si me apetece algo dulce, pero él acaba con todos de una sentada. Por eso no los compro.

En mitad de la conversación con la dependienta noto unos golpecitos en la espalda.

—¿Luisi?

Tardo un par de segundos en reconocerla.

—¿Maribel?

—¡La misma! ¡Cuantísimo tiempo sin vemos! ¡Qué alegría!

—¡Lo mismo digo! ¡Qué tal todo!

Esta hija de puta era mi archienemiga en el instituto. A las dos nos gustaba Joaquín, y era una guerra a degüello, sin cuartel.

—Bueno, bueno. No has cambiado nada —me dice—. Sigues igual de... así, como tú eres.

—Tú también sigues igualita.

Mentira cochina. Si se ha puesto gordísima de agoniosa que es. Que con esa barriga y esa blusa verde parece el contenedor del vidrio. Y las piernas escuchimizadas por abajo y orondas en los muslos, como las bolitas de pollo del restaurante chino.

—Al final te casaste con Manolo, ¿no? Fíjate, con lo poco que te gustaba y lo mal que hablabas de él.

—Ya ves. ¿Y tú sigues soltera? La última vez que nos vimos estabas más sola que la una, que te acababan de dejar.

Por favor, que no aparezca ahora Manolo con el chándal carcomido y patinando con el carro, que parece que viene de robar cobre. Por favor, Dios, te lo pido.

—Jajaja —se ríe ella con su risa falsa de siempre—. Pero qué maja eres...

—Y tú, y tú. Tú mucho más, reina...

—Es que yo preferí pasar del matrimonio y centrarme en mi carrera. Siempre he querido comerme el mundo.

—No, si se te ve que te lo has comido. No te has dejado ni Groenlandia.

—Uy —contraataca Maribel—. Qué mal tienes el pelo, hija. Con esas

raíces pareces una cebolleta. ¿Qué has venido, a comprar un sérum?

La dependienta se ha visto en medio de la refriega e intenta meter su baza, casi suplicando.

—Para el pelito así castigado tenemos un champú de yoyoba que lo aprueban ocho de cada diez clientas.

—Calla tú —le contesto. Que no me interrumpa, que voy a acabar con esta otra.

—En fin, que me tengo que ir —se despide Maribel—. Supongo que tampoco te veré este año en la cena de antiguos alumnos. No pareces estar tú para muchas fiestas.

—Pues mira, a lo mejor este año me acerco. Con mi marido, que yo no tengo que ir sola a los sitios.

Cuando ya se está marchando me suelta la bomba.

—Por cierto: este año irá Joaquín. Se ha divorciado.

De pronto me recorre el cuerpo un escalofrío que se me queda en el estómago dando vueltas, como cuando Manolo pone el coche a ciento sesenta en un cambio de rasante, que un día nos vamos a matar, se lo tengo dicho. Joaquín me encantaba, sí, pero de eso hace un montón de años. Además no pasó de ser el típico amor adolescente, ya se sabe: él me tocaba una teta y yo le soltaba dos hostias. Las chicas de antes teníamos carácter. Las de ahora vuelven a ser como mi bisabuela, no sé qué les pasa. Si yo tengo 15 años y me viene a babosear un moscorroffio de esos, se va a casa con los dientes barajados.

En fin. Yo tengo a mi Manolo y a estas alturas ya no lo cambio por otro. Menuda pereza. Ponte ahora a comprar ropa nueva, a arreglarte todos los días, a fingir que te interesa lo que te cuenta un desconocido, a hablar todos los días por teléfono, a llevar bragas nuevas (con lo cómodas que son las viejas, que ya están en simbiosis con tu culo), a conocer a los amigotes del otro, a sus padres, a sus hermanos, a tener la casa como una patena por si viene de visita, a depilarte todas las semanas, a esconder tu mala leche...

Quita, quita. Ya me he estresado.

Eso sí: el Manolo va a espabilar. Ya verás cómo va a espabilar.

13:20 H. ESPERANDO EN LA COLA PARA PAGAR.

A la que va antes que yo en la caja también le voy a pasear el moño por las baldosas. Saca el monedero, lo guarda, lo vuelve a sacar.

—A ver si lo tengo justo.

Vuelca las monedas y las cuenta, pero sin prisa, levantando cada céntimo para mirarlo bien.

—Espera que no me llega, cóbrame con la tarjeta. Con esta no que no tiene saldo, con esta otra.

Se toma su tiempo marcando los números.

—Me parece que he metido mal el pin, un momento que me pongo las gafas, que no veo bien los números.

Saca las gafas, se las pone, se las coloca adecuadamente, se las ajusta, aparta los cordones de las patillas.

—Mira ahora si es correcto.

Coge el ticket, lo comprueba.

—¿Las anchoas no estaban de oferta? Es que me las habéis cobrado normal.

—No, señora, la oferta es si lleva usted dos latas.

—Ah... Es que no lo he visto. Ponéis la letra tan pequeña...

Abre el monedero, mete la tarjeta, abre el bolso, mete el monedero, saca el monedero, lo abre, mete el ticket, vuelve a abrir el bolso, mete de nuevo el monedero.

—Dame una bolsita de plástico.

Mete la compra en la bolsa, a su ritmo, no sea que le dé un síncope si acelera.

—Dame otra bolsita, que no sé si esta va aguantar tanto peso. De las grandes. ¿No la tenéis más grande?

—Tome usted, son 5 céntimos.

—Hay que ver. Antes no cobrabais las bolsas, ¿eh? Espera que cojo el monedero otra vez.

Saca la mitad de la compra de la bolsa, la mete en la otra bolsa, y mientras tanto las colas de las otras cajas han avanzado varios clientes. Tengo que comprarme una de esas pistolas que dan descargas eléctricas para venir al súper.

Día del Orgullo Luisi

DOMINGO 17 DE MAYO. 17:55 H. EN UNA AGLOMERACIÓN DE GENTE MUY RISUEÑA Y JACARANDOSA.

Resulta que hay una cabalgata en el centro y me he llevado a mi sobrino, Ramiro, a ver si vemos a Bod Esponja y a Mini de Pu. Aquello está de gente que falta la holgura, sobre todo de chiquines jovencitos que van medio en pelota, por el picor del sol de mayo. Unos muchachos muy alegres me regalan un abanico con un arcoíris, muy colorido todo, muy para los niños. Me quito un poco la calorina abanicándome y Ramiro me tira de la mano.

—¡Mira, tita, una carroza!

Qué bien, ya llegan. A ver esta cuál es. Me figuro que es la sirenita porque se ven... ¡Oyoyoy! Esto no es la sirenita. Virgen del amor hermoso. Veinticuatro tetas colgando de la barandilla llevo contadas, así a ojo, sin usar los dedos. Ramiro aplaude y pega saltos.

—¡Mira, tita, mira!

—No, si lo estoy viendo, cariño —me abanico con más ímpetu.

—¿Son hadas?

No, las hadas no se aplauden así la pezuña. Y esa qué hace ahora con una botella... ¡Ay mi madre! Si eso tiene que escocer hasta con el tapón puesto.

—¡Tita, otra carroza!

Esta llega llena de señores con bigote vestidos de cuero pero con el culo al aire. Y qué culos, San Ignacio, prietos y redondos. Lo mismito que el culo de Manolo, que es como dos globos llenos de alubias.

—¿Qué son, tita?

—Son gladiadores romanos —bendita edad de la inocencia.

—¿Y las espadas?

—Las espadas déjalas quietas donde están.

Hay un muchacho que es un gozo ternasco, con el pecho tupido como un encinar bellotero, que se ha subido a caballo encima de otro y le está dando con la fusta en los solomillos pero con duende. Qué manejo del látigo, qué cuajá de hostias. Y el otro encantado, relinchando y con el mondongo haciéndole péndulo. Menos mal que Bod Esponja no anda por aquí porque iba a llegar bonito a su casa.

10:38 H. METIDA EN UN BARULLO DE GENTE QUE ES UN DESMADRE ESTO.

Siguen pasando carrozas con la música a toda castaña. Los jóvenes están diciendo que es musicote y temazo, pero a mí me retumban hasta las muelas, aunque Ramiro está en su salsa pegándose sus bailoteos. En un momento que me he descuidado se ha quitado la camiseta y la está agitando en el aire gritando «¡musicote!». Qué seis años tiene y lo que se parece a la familia de Manolo, el enano bandarra.

—¡Tita Luisi, los gormitis!

Los «gormitis» son las travestís del carnaval, que llegan finas. Hay una que debe de venir borracha como una tarta porque sólo le asoman los tacones por el autobús descapotable. El resto de ella tiene que estar tirado por los suelos. Estas no llegan de pie a la meta.

—¡Vamos a coger caramelos! —grita Ramiro dando brincos. Qué subidón lleva este niño, no se cansa nunca. Los caramelos que quiere coger son los condones de sabores que están lanzando desde las carrozas.

19:03 H. POR FIN HEMOS ENCONTRADO UN POQUITO DE SOMBRA.

Un chiquín delgadito, vestido con unas sandalias y un tirachinas en los melindres, pasa a mi lado y me suelta:

—¡Aúpa tu chocho, maricón! ¡Viva el orgullo!

Y se marcha desfilando a golpetazo de cadera, tan pancho, chascando los dedos como la más chungueta de Nueva York.

—Tita, ¿qué es el chocho maricón?

—Un pescado.

—¡Yo quiero cenar chocho maricón!

Mi cuñada me va a matar. ¿Pero a qué niño le gusta el pescado?

—Tú vas a cenar macarrones.

—¡Con chocho!

Y vuelta la burra al trigo. Más me vale que se le olvide la frase antes de llegar a casa. Y a la próxima cabalgata que le traiga su madre.

—¡Ramiro, los caramelos ahora no que luego no cenas!

Me mira fijamente, con la mano en la cadera.

—Aúpa tu chocho...

Los juegos del hambre

MARTES 19 DE MAYO. 21:05 H. ME SIENTO MORIR.

Últimamente a Manolo le ha dado por hacer juegos eróticos con la comida. Al menos él lo llama así. Esta mañana ha mojado la porra en el café y me la ha estrellado en la cara diciéndome que había sido una niña muy mala. Me ha llenado todo el pelo de capuchino. Luego ha seguido dándome con ella en los carrillos, en la boca y en los ojos preguntándome que si me iba a portar bien o si tendría que castigarme.

—Deja ese puerro en su sitio que es para la vichisuás. No lo voy a chupar mientras te miro a los ojos, no.

Pero él ha seguido. Se ha quitado la camisa, ha abierto la nevera y se ha derramado un litro de leche sobre el pecho, agitando la cabeza entre gemidos.

—¡Oh, sí, qué fresquita! Tengo los pezones como ositos haribó.

Llegó un momento en que yo ya no sabía si aquello era un juego erótico o pesadilla en la cocina. Iba Manolo echándose cosas por encima y yo detrás con la fregona del coraje que me da que se sequen las manchas.

Al final, con la tontería, se ha saltado la dieta y se ha puesto morado. Yo creo que su intención desde el principio era esa.

Hemos marraneado tanto que ahora me están dando unos retortijones que siento que se me escapa la vida, y se me va a escapar por las patas abajo. Y mientras yo sufro el dolor de un parto, él está tumbado a la pata llana en el

sofá, masajeándose la panza. Tiene una fauna intestinal que devora cualquier cosa.

Lo de aliviarme las ventosidades en público es un límite que nunca he traspasado. Me da mucho pudor. Nunca lo hago delante de nadie, y menos aún de Manolo. Él no piensa igual, claro. Cuando éramos novios ya me eructaba en la cara y me decía que le tirase del dedo antes de afinar el trombón. Así ha seguido con los años, ahuecando el culo en el sofá o agitando las sábanas en la cama, con festivo desenfado. Y sin ahorrar matiz en la fragancia, que yo he visto al perro hacerse el muerto después de una flatulencia.

Una vez cogió aire, se dio unos puñetazos en el pecho y me dijo «te quiero» con un eructo, alargando la palabra lo que le dieron de sí los pulmones. Es un poeta callejero. Luego movió el aire con la mano para que me llegase el olor. Con esas cosas se descacharra de risa. Además dice que si el aire no sale por arriba, al final sale por abajo y es peor, porque trae más recorrido.

21:16 H. BALANCEÁNDOME EN UNA SILLA. UN SUDOR HELADO ME CUBRE LA FRENTE.

Podría intentar soltar un airecito con cuidado, así flojito, pero tengo mis dudas. Si no estás segura de si va a oler o a sonar, no te arriesgues. A veces parece que viene sin fuerza, te confías y lo mismo te desvía dos vértebras que te pudre las medias. A otra habitación no puedo ir porque las paredes son de cartón en esta casa, y en el baño hay eco; lo sé por las tracas de Manolo cuando entra corriendo, que él no se corta ni se priva de hacer fuerza. Lo de abrir el grifo tampoco funciona, comprobado: se oye el tiroteo por encima del arroyo, y encima pareces idiota creyendo que así disimulas.

Sólo se me ocurre salir a la terraza con alguna excusa, que el cristal es de climalit y aísla del ruido.

—¿Adonde vas? —me pregunta Manolo desde la cheslong.

—A meditar —respondo en tono importante mientras camino despacio—. Necesito tomar el aire y pensar.

No llego. Se me cuaja el culo y no llego a la terraza. Pero si corro me bufo antes del pregón.

Cuando consigo salir, casi a rastras, cierro la puerta y relajo los músculos. El pedo tiene su epicentro en el bajo vientre, pero se notan los temblores hasta en los tobillos. Siento cómo me vibran los mofletes del culo y me vuelve el color a los pómulos del desahogo. Al primer cuesco le siguen varias réplicas de menor intensidad.

Estoy apoyada en la barandilla de la terraza, en una postura melancólica y meditabunda, con la brisa revolviéndome el cabello. Así me ve Manolo desde el salón, como un ser etéreo, mientras yo me estoy cagando viva que se me hincha la vena de las sienas de empujar. Me parece haber visto en la calle a una rata vomitando.

Por último doy unos pasos para eliminar la peste residual y vuelvo dentro como una princesa. Ahora me apetecen hasta mimos. Hay que ver cómo te cambia el carácter tirarte un buen folio.

Sinopsis de una peli porno

MIÉRCOLES 20 DE MAYO. 11:37 H. DE INCÓGNITO.

Sombrero grande, gafas de sol, bufanda hasta la barbilla. A casi 30 grados de temperatura, llamo más la atención así que yendo normal, pero lo importante es que no se me reconoce.

Bajo corriendo del autobús y entro en el sex-shop como una bala. El señor grueso que atiende me indica dónde están las filmaciones pornográficas: las de estreno en dos estanterías gigantes, los saldos en un enorme cesto metálico donde hay otros dos señores rebuscando concienzudamente en busca de alguna pornoganga.

Conste que he venido a por una película para documentarme, no por vicio. Manolo y yo llevamos juntos desde el instituto, así que no tenemos referencias ajenas y nos limitamos al modelo básico de coito, sin apenas filigranas. Por eso sospecho que nos debemos estar perdiendo las mejores sobremesas.

Con una de estas películas digo yo que podré coger ideas, como cuando miras retales en la Burda. Pues en lugar de «Decora tu hogar», «Ensalada de pepino en colegio femenino».

El catálogo, desde luego, es amplio y sugerente:

Se fue en busca de trabajo y le comieron lo de abajo

Duro de mamar

Arma rectal

Eduardo Manospajeras

*Abierta hasta el amanecer
Don Cipote de la Mancha
Semental, querido Watson
El cartero siempre encula dos veces
Mujeres al borde de un ataque de miembros Más adentro
20 000 lenguas de viaje intrauterino
Tetanic
Pene de muerte
Hospital genital
Entrevista con el pepino
Follador y caballero
Vencí mi tormento y preñé a tol convento
De camino al baño me follé a to un rebaño
La almeja Maya
Pocojuntas
Star Warras
Popoya el marino
Himen y castigo
Ubres borrascosas
En boca cerrada no entran moscas pero entran pollas como roscas
Truman Cipote...*

Yo no sé qué clase de mono oligofrénico pone estos nombres. Y no sigo porque me estoy mareando.

Las portadas son todas un prodigio del collage: una sopa de tetas y un señor en medio, con el cogollo de puntillas, posando en plan jefazo de la piara.

—Todas esas están a 9,95, que son de segunda mano —me informa el dependiente.

Me quedo de piedra. Cómo que segunda mano. La mano de quién y cómo. Se me escapa una náusea. Cojo una con dos dedos —de las nuevas sin usar—, la pago y salgo de ahí a toda prisa.

12:58 H. EN CASA, QUITÁNDOME EL DISFRAZ DE ARQUEÓLOGA DEL PORNO.

Tengo cerveza fresquita, pepinillos y un cuaderno para tomar apuntes. PLAY.

La película va de hacer el amor de sudar pero sin tener antes que ir al cine o fingir que escuchas. Regalado, vamos. Y hecho con ganas. Los chiquines tienen profesiones de alto riesgo de mojar, como fontaneros, butaneros, mafiosos... Y las chiquinas son mayormente enfermeras, monjas o señoras que estaban agachadas.

El fontanero llega a una casa y hay una chiquina en bragas y tacones, que es el pijama de las guarrillas, y ella le dice algo sutil como «el grifo no es lo único que me chorrea» y ya se ponen a hacer el ardor. La historia es muy fluida. Luego aparece otra chiquina que dice «¿así que divirtiéndooos sin mí?» y se pone con la otra a darse el cariño que les falta en casa, todo así de real.

Lo primero que hace el actor es despatarrar a la muchacha y amorrarse al berberecho pero sorbiendo con apetencia, como un oso hormiguero comiendo percebes. Y luego coge su pepino beige y le da unos golpetazos en la cara que tú dices «la ha matao». Es como un antidisturbios, que es lo que le da la calidad a la película.

Entonces la coge de la coleta y venga a darle azotes, y venga a tirarle del pelo, y la chiquina venga a pegar berridos, que las gatas gritan menos y lo hacen sin saliva. Tú ya no sabes si se quieren o andan peleados. Y al final la señorita se pone de rodillas mirando hacia arriba y abriendo la boca, como un polluelo, y dice que eso es un pecado tirarlo. Muchos remilgos no se ven.

El montaje es muy bueno porque todo lo que cuelga, rebota, y te ponen las repeticiones a cámara lenta. Es como el tenis. Y el guión es muy bueno porque a ninguna le duele la cabeza.

Yo la recomiendo si te gusta hacer el amor de sudar sin tener que rogar o usar la picha como un antidisturios.

14:11 H. PATAS ARRIBA.

Lo estoy dando todo con el vibrador en el sofá, a la teta manca. Tela con

la película. La cantidad de años que yo he perdido viendo *Pretty Woman*. Están los pepinillos bailando en el cuenco. También está la vecina de enfrente observando a través de las cortinas. Tú actúa con naturalidad, Luisi. Con las rodillas en las sienes pero como si aquí no pasara nada.

—Hola, Azucena. ¿Qué tal va Paulino de la próstata? Yo aquí, con el Yoga.

No bajo a una junta más.

Chapa y pintura

SÁBADO 23 DE MAYO. 15:20 H. BAR «LA CARAJILLA VIVARACHA»,
DEBAJO DE CASA.

Te estás acomodando, Luisi —me dice la Marce removiendo el café—. Mírate: vas hecha una cerda, no sales de fiesta ni a dar una vuelta por ahí, te estás poniendo como una potranca. Da asco verte, te lo digo con todo el cariño. Con lo que tú has sido, mujer, que has salido más noches que el camión de la basura. Y lo que hemos putañeado las dos, que abríamos más que el Opencor.

Para decírmelo con cariño, hay que ver cómo me ha puesto en un momento. Y lo del Opencor era ella, que es la que tiene un muelle entre los muslos.

—Ay, Marce, que yo ya no tengo veinte años.

—No, si eso salta a la vista, hija mía.

—Ya está bien, reina, que me estás poniendo de vuelta y media.

—Mira, tú ponte guapa que esta noche nos vamos de picos pardos.

—Marcelina... Nada de sitios guarros, que nos conocemos.

—Que no, mujer. Tranquila. Que te voy a llevar a un club muy selecto que conozco.

Bueno, lo de «club selecto» no suena mal: unos cócteles, algo de charla, música de piano...

—¡Venga, me animo!

—¡Putra madre! Te paso a buscar a las nueve.

18:35 H. MI HABITACIÓN.

Estoy nerviosa como una quinceañera. Qué tontería, si sólo voy a dar una vuelta. No estoy haciendo nada tan excitante. Ni incorrecto. Será porque hace lo menos quince años que no salgo de fiesta. A Manolo le he dicho que me voy al bingo, pero no porque no quiera que venga, sino para ahorrarle el aburrimiento. Hay que ver cómo me preocupo siempre por los demás, cómo me entrego. Hoy toca noche de chicas, como en los viejos tiempos.

¡No sé qué ponerme, me quiero morir!

Calma, Luisi, no seas anormal. En el altillo del armario tengo una maleta con ropa de hace lo menos veinte años. La que usaba cuando salíamos mucho de juerga y a cenar. Todo eso me tiene que valer porque yo sigo usando la misma talla que a los 25, no he echado un gramo a la faja.

18:55 H. MALETA BAJADA. SUBIDA YO A UNA BANQUETA. SIN MATARME.

Elijo una falda preciosa que me compré para el bautizo de mi primer sobrino y un jersiecito color aguamarina, que es un tono que favorece mucho. Finísimo el conjunto, casi de cóctel. Intento meterme en la faldita pero aquí sólo cabe un muslo y con angustia. La humedad, que la habrá encogido. Tiro hacia arriba balanceando la cadera para facilitar el envasado. Esto me entra, por mi coño que me entra. Le estoy arreando unos tirones que casi oigo maullar al gato.

19:10 H.

Ya está. He reventado todas las costuras pero ya estoy dentro. Lo intento tapar con el jersey, pero se me queda hecho un gurruño debajo de las tetas y no termina de bajar, por más que tiro de él hacia abajo escupiendo maldiciones. Ha hecho tope ahí.

Ahora lo arreglo al pintarme, que he encontrado un tutorial en Youtube que se llama «maquillaje para triunfar». Es específico para reuniones elegantes. Con esto y unos buenos taconazos voy a ser la reina de la noche, provocativa pero correcta y recatada. Una diva.

20:21 H. ME HA COSTADO, PERO ESTOY LISTA.

Montada sobre los tacones, me dirijo al salón como una avestruz pisando canicas, apoyándome en las paredes y en cualquier cosa que sobresalga. Qué alto está esto.

—¿Qué tal? —le pregunto a Manolo girando sobre mí misma con cuidado de no caerme, pero mostrándome pizpireta.

Se me queda mirando con la boca abierta. Ni parpadea.

—¿Qué has hecho, Luisi...

—Arreglarme. ¿Te gusta? —Doy otra vuelta.

—Pareces la fulana de una piscina de bolas.

—Mira que eres subnormal.

—¿Y qué te ha pasado en la cara?

—¡No me ha pasado nada, me he pintado un poquito!

Ya no se aguanta más y revienta a carcajadas, dándose palmadas en los muslos y echándose hacia atrás en el sofá.

—¡Un poquito, dice! ¡Qué menestra de cara!

Le lanzo un zapato a dañar pero lo esquiva. Es ágil el fofo.

—Porfa, Luisi, déjame sacarte una foto para mandársela a la Guardia Civil.

Regreso a la habitación con la dignidad que me permite caminar con un pie descalzo y el otro dentro de un tacón de diez centímetros. El espejo de cuerpo entero del armario no miente; Manolo tampoco: soy la musa de «Coco

Chambrosa». He logrado convertir un jersey y una falda en un top y unas bragas, y llevo la cara como un recuerdo de Bolivia. En la zona abdominal, además, el cinturón me estrangula la tripa y me la divide en dos mollejas superpuestas. Pero qué ha pasado aquí. Por qué tanto dolor. ¡Por qué!

Interrumpiendo mis lamentos, aparece Manolo por detrás, me pellizca la lorza y la agita enérgicamente.

—Esta piel no vuelve al hueso, ¿eh gorrinilla?

—Tú al final te vas de aquí con la cara vuelta.

20:41 H. JUNTO A UNA MONTAÑA DE ROPA SOBRE LA CAMA.

Mi armario se divide en dos secciones: la ropa que me pongo siempre, que ya está hecha un asco, cubierta de pelotillas y desgastada en los muslos, y la ropa sin estrenar que me compro «para cuando adelgace», lo cual me temo que todavía no ha ocurrido. Me niego a ir hecha un adefesio, así que opto por un conjunto de los que están sin usar. Toca meter tripa toda la noche.

Por último me como un sándwich, un flan de huevo, un trozo de queso, dos galletas, una napolitana de crema y un montadito de jamón con aceite y tomate por si me bebo una copita, para no llevar el estómago vacío, no sea que me siente mal. Que más vale un por si acaso que un quién coño iba a pensar.

De picos pardos

SÁBADO 23 DE MAYO. 21:31 H. ESPERANDO A LA MARCE EN LA CALLE.

*¡V*amos, que llevo media hora esperándote!

—Es que he pasado un momentito por casa de Yuri a estirar los mofletes.

—Ay, Marce, no paras.

—Para qué voy a parar, si me lo estoy pasando coyote.

—Cuando haces esas cosas no sé qué se te pasa por la cabeza.

—Los tobillos normalmente.

—¡Marcelina!

Me saca la lengua y se pone el cinturón.

—¿Al final se llama Yuri? —le interrogo.

—Ni idea, sigo sin entender lo que me dice. Él me manda un wasap con el emoticono del cerdo y yo le contesto con el de la flamenca. Así quedamos.

—¿Nos vamos ya?

—Hay que pasar primero a por María Dominga, que deja al marido con los niños y se viene con nosotras.

La Marce va pintada como una patata rellena y embutida en unos leggins de leopardo que le marcan toda la galleta de la suerte. Cuando separa las piernas le bosteza. No se complica. A ella lo que le pasa es que es guapa de lejos; luego de cerca tiene otras cualidades. Por ejemplo la forma en que le

quita a las cosas la importancia que no tienen, como ir a la moda o simplemente con un mínimo decoro. Eso a veces se lo envidio yo.

22:15 H. ACABAMOS DE APARCAR EN UN DESCAMPADO. EMPIEZA CURIOSA LA NOCHE.

El club exclusivo de la Marce es un tugurio en mitad de un polígono al que se entra por la puerta de un garaje. El nombre está escrito en un neón al que le parpadean dos letras: «Agustín's». Selecto como hacer pedos con el sobaco.

—Marce, adonde nos has traído...

—Al sitio que más lo peta en la periferia. Verás qué ambientazo.

22:20 H. YA ESTAMOS DENTRO. ECHO UN VISTAZO GENERAL.

Hostias...

22:38 H.

Hemos dejado las chaquetitas de entretiempos en el ropero y hemos pedido la consumición que incluye la entrada. Yo un zumito de naranja con un suspiro de vodka, la Marce un roncola y María Dominga, que nunca bebe, un gin-tonic. Está metiendo el puño en el vaso intentando pescar la rodaja de pepino.

—¡Venga, vamos a bailar! —propone la Marce dando brincos.

—Venga. Qué remedio.

Estoy tranquilamente cantando *wanchu wanchu in the night* en mi inglés macarrónico y observando a las huestes de Sauron cuando, sin previo aviso, ponen la música esa que es para gente un poco falta.

—Tate quieta, hembra golosa, es la reina del party, es mi gata que gosa —dice el que canta, creo. El acento me resulta indescifrable.

La gente corre como loca hacia la pista de baile.

—¿Esto cómo se baila? —le pregunto a gritos a la Marce.

—¡Esto no se baila! ¡Se hace *twerking* y *petting*! —me chilla al oído.

A mí *twerking* y *petting* me suena a un ratón y un gato de dibujos animados. Yo bailo esto como lo bailo todo: arrastrando los pies y dando palmas esquivando el ritmo; pero no tardo en comprobar que la danza consiste en que las mujeres se inclinan y los hombres se ponen detrás, las agarran de las caderas y las conejean. Excepto María Dominga, que es ella la que se ha puesto detrás de un señor calvo y le está machacando el hueso sacro a base de arreones. A la Marce le están haciendo el *petting* por delante y el *twerking* por detrás, porque ella no pierde el viaje. Esto es una merendola en Faunia.

En un momento en que me estoy marcando un *moonwalker*, noto la presencia de un pubis que me rebota en el coxis. Cuando me giro hay agarrado a mí un frikimonster con cara de perro copulando.

—¿Qué haces, anormal?

—Arrecuesto el tostón dancing con culo bueno.

—¡A mí no me simulas tú un coito porque te cruzo la cara!

—Vamo, woman.

—¡Pero qué hablas!

—Una vaina loca. Ya tú sabe.

—Verás qué hostia, verás...

—¡Güeva gonorrienta!

Ya me ha dado la noche el pirindolas de las narices.

**23:59 H. CON LAS MANOS ENTRE LAS PIERNAS Y CORRIENDO
CON LAS RODILLAS JUNTAS.**

Me meo en mucha abundancia. Avanzo hacia el baño jugando al «quita, coño» por la pista, pero según me voy acercando descubro que la cola da casi

la vuelta a la discoteca. Doy saltos y me arañó las medias hacia arriba.

A mi lado pasa una mujer con cara de recién meada: serena, animosa, rozagante. Un hada de las flores. Yo la miro sudando y encorvada como el troll de las papillas.

—Tienes por lo menos media hora de cola aquí.

—¿De verdad?

—Es que sólo funciona un váter. Los otros no tragan.

No veo otro remedio que salir a hacer pis a la calle, al *parking* de tierra. En este momento, en cuclillas entre dos coches y agarrada a los parachoques, es cuando me pregunto seriamente qué hago aquí si yo tengo una casa con váter y un marido, y no me gusta el reguetón ni tengo anécdotas de la cárcel para contarle a nadie.

Busco un kleenex en el bolso, que lo tengo colgando del cuello ahorcándome. Encuentro un plátano, un paquete de chicles, un tampón abierto, las llaves, crema de manos, sobres de azúcar, la lima de uñas, un abanico... Hay hasta un espray de pimienta, por si quiero aliñar a un agresor, pero ninguna toallita. Me veo obligada a sacrificar el fular.

Mientras me estoy secando con el pañuelo, que me lo regaló mi suegra y fíjate cómo ha terminado, veo a un metro de distancia dos zapatos. Sobresaltada subo la cabeza y descubro a un señor fumando que me observa.

—Hola, guapa.

—Tú qué pasa, ¿que no tienes casa?

En serio, la gente no tiene dignidad. Que estoy aquí abajo, como un mastín haciendo caca, y este chulo de trampolín municipal dando caladas de Humphrey Bogart al pitillo. Lo que me faltaba ya, vamos. Antiguamente no se ligaba así, que yo recuerde.

1:08 H.

Pues el espray de pimienta funciona. Pobre hombre, qué golpes se daba contra los coches.

Ahora ando dando vueltas por toda la discoteca preguntando a la gente si ha visto a estas dos. Cuando salí a mear, la Marce estaba en un sofá dándose morreos con uno, pero ya no están. A María Dominga le perdí la pista cuando los camareros salieron con bandejas llenas de montaditos.

Tardan cinco minutos en pedirme droga y otros cinco en ofrecérmela.

—Morena, ¿quieres una pastilla? —me dice un muchacho muy amable, con los dientes como trufas: poquitos y marrones.

—Un nolotil, por favor, que tanto ruido me ha puesto dolor de cabeza.

—¡Pero qué dices de nolotil, flipá!

—¿Y qué tienes entonces?

—Tengo de to, tronca: espídermans, barsinsons, las fraguel estas que dan un subidón que te cagas, el cojón de pollo que te pone como una moto. Estas son nuevas, las hago yo con mi primo en su casa, que él tiene cazuelas. Todas dabuten para la gente así mayor, ¿sabes?

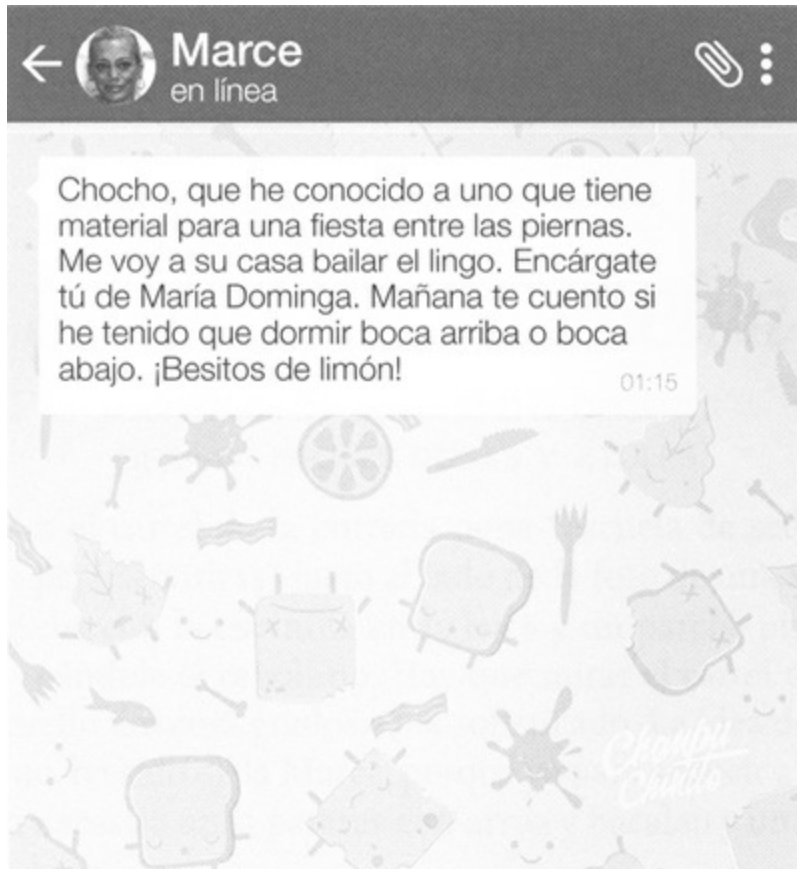
—No me estarás ofreciendo psicotrópicos...

—¿Eh?

—Estupefacientes.

—Que no, coño, que son pirulas to guapas. Pa tu amiga la gorda y pa ti, pa que se te quite ese jepeto de sinfollá que tienes.

No le pego una hostia porque no tengo dónde apoyar el bolso. ¿Es que a esta gente nadie la escolariza? De repente me vibra el móvil y se me escapa un suspiro. Ahora todo lo que tiembla me da ansia. Es un wasap de la Marce.



¿Pero qué hago yo ahora? Que esto está lleno de delincuentes y no sé ni en qué barrio estamos. Que me van a vender los órganos o me van a dar una vuelta en moto.

Escuela de seducción

MARTES 26 DE MAYO. 18:21 H. DELANTE DE UNOS NEONES
ROSAS Y AZULES.

En el cartel de la entrada pone «escuela de seducción para señoritas» justo al lado de la foto de una muchacha con la espinilla en la boca y un parche pirata tapándole el cebollino. Hay que mirar el cartel torciendo el cuello noventa grados. Qué sofisticado. La idea de venir, cómo no, ha sido de la Marce, porque yo para seducir a Manolo sólo necesito unas patatas con arroz y bacalao y una siesta de dos horas.

—Marcelina —le digo mirando el cartel—, esto tiene pinta de academia para señoritas de cobrar los besos.

—Que no, mujer, que las jóvenes ahora van así, es tendencia.

Tela con las tendencias modernas. Me pongo yo así para ir por la calle y tengo que atar a Manolo a las papeleras. No es que me parezca mal este desahogo de apariencia, ellas sabrán dónde quieren que se les posen los tábanos, pero no me veo yo así de ninfa en la vía pública. Le pido su opinión a María Dominga, siempre pausada y meditada.

—A mí me suda el coño.

Ya está todo dicho. Adentro. En el interior corretean varias chiquinas lozanas y esbeltas mientras nosotras tres estamos plantadas delante del mostrador como tres chotos recebones.

—Hola —nos saluda la recepcionista sonriendo a boca valla—. ¿Os manda la empresa de limpieza?

Tengo que sujetar a María Dominga porque se tira a por ella, y si la agarra no deja las raspas.

—Venimos a probar —intervengo yo.

La chica nos mira con gesto de «para qué», pero nos cobra y nos deja pasar.

—¡A la barra americana, señoritas! —grita una profesora dando palmas—. Y ustedes también —añade mirándonos a nosotras con gesto de «qué necesidad hay de esto».

Las chiquinas usan un bikini minúsculo, así que la barra cuando cierran debe de dar vueltas sola. Yo me dejo el chándal puesto porque no pienso llenarme el gajo de miasmas, algo que a María Dominga no le debe preocupar demasiado en vista de cómo trepa en bragas por el palo. Igual de rápido que ha subido, baja de cabeza. Mientras no doble la barra vamos bien. Intenta trepar otra vez. Qué tesón. Le pone ganas la mujer, pero parece un pollo asado girando en el tomo.

Cuando la profesora la ve rebozándose en lencería corre a apartarla y le pasa un trapo a la barra. María Dominga la mira rascándose el filete ruso y oliéndose los dedos. Al parecer se lo ha arañado escalando.

A ver, que me toca a mí. Yo me abrazo al tubo y hago fuerza, pero no levanto ni dos palmos. Estoy dando vueltas a ras de suelo hasta que la profesora me dice que me levante, que no soy una babosa. Lo que hago es ponerme de pie, enroscarme y dejarme caer. Ahora sí que noto la fricción en la pepitoria, como bajar unas escaleras de caracol por la barandilla.

La Marce directamente parece un borracho en una farola. Hemos triunfado las tres sirenas, chorreando de sudor y con el chándal dado la

vuelta, como las señoras en blanco y negro de la teletienda. No le veo la sensualidad a este invento por ningún lado. Las demás alumnas están buscando la cámara oculta.

19:30. CLASE DE DANZA DEL VIENTRE.

—Este baile —nos explica otra profesora— es una danza de origen oriental donde lo más importante es la sensualidad. Y también es una buena actividad de parto —añade mirándonos a nosotras tres. Lo mismo es porque no tenemos pareo y estamos con las camisetas remangadas y los brazos en jarras.

Vuelvo a sujetar a María Dominga. No sé cuánto tiempo más podré contenerla.

Las tres coincidimos en que esta es la última clase a la que nos quedamos, ya por amor propio. Los movimientos sensuales a nosotras se nos quedan en ejercicios para facilitar el tránsito intestinal. El baile de los bifidus.

Viendo nuestras evoluciones gimnásticas, nos dice la monitora que hay que meter tripa. Pero dónde la metemos, hija mía, si no hay espacio. Si todo lo que metemos de barriga sale de tetas, que es física de COU.

Al final las tres acabamos la danza de las siete fajas sentadas en el suelo y agitando los brazos. Visto lo visto, yo sigo prefiriendo mandar que persuadir.

El cajón de los tesoros

JUEVES 28 DE MAYO. 13:31 H. DE EXPLORACIÓN ARQUEOLÓGICA.

Llevaba unos días que me venía un olor raro de la terraza tendadero y hoy he dado con el origen. He encontrado el cajón de los tesoros de Manolo en el armario de los trastos. Tiene aquí metido un equipo de supervivencia nuclear: pilas de las gordas, lo menos diez mecheros de publicidad, galletas, medio salchichón, lápices de colores, un caramelo de la Cruz Roja, un rollo de celo, un sugus de naranja, un termómetro, la etiqueta de unos calcetines... Y así podría seguir hasta mañana. Lo que despedía el tufo es el trozo de merluza rebozada envuelto en una servilleta de papel. El pescado de la cena del otro día, que debió de aprovechar un descuido mío para esconderlo aquí. Dejó la merluza y le dio un mordisco al salchichón, como si lo viera.

También hay una caja con recuerdos de los dos. ¡Qué mono, por favor! Guarda incluso la primera carta de amor que me escribió. Llena de lamparones, claro. Transcribo el prodigio literario.

¡Hola caracola!

Te escribo esta carta porque tenía que decirte que me molas cantidubi, Luisi. Alucina, vecina. Tienes que estar flipando en colores. Pero es que llevo mogollón de días comiéndome la cocreta y te lo tenía que decir.

Ya sé que no soy un pinfloi y seguro que lo llevo clarinete porque tú eres una piba un mazo guapa, pero mira, damos un voltio por ahí y

si no lo pasas dabuten, pues nasty de plasty y ya te dejo en paz, te lo juro por Arturo.

Si me contestas, dale la carta a Magencio y que él me la dé a mí, que me da corte.

¡Un beso con queso!

Y la funda del primer condón que usamos. Me acuerdo de aquella primera vez que lo hicimos como si hubiera sido ayer. En el asiento trasero de su Renault 5. Recuerdo que al desabrocharse el pantalón, con las prisas, se le escapó el brazo y me pegó un puñetazo en la cabeza que casi me dio la vuelta. Qué fogoso era entonces, quitándose la ropa como un campesino despellejando un conejo. Yo estaba en el asiento trasero dándome trompazos contra las paredes y las ventanillas, con el jersey en la cara y los vaqueros a medio muslo, y él pegando tirones como un gorila. Qué paliza nos dimos. Porque yo muy elástica no era, que una vez me abrí de piernas en el gimnasio y así me quedé hasta que me vinieron a despegar los celadores.

Estaba siendo todo muy romántico, tal como se lo imagina una cuando sueña con su primera vez.

—Chúpamela, nena.

Me agarró de las orejas y me pegó un tirón para que le practicara el amor del babero. Ahí se llevó la primera hostia a mano aplauso de nuestra vida en común. Fue algo automático, se me activó un resorte. El pobre me miraba frotándose la mejilla con la palma de la mano.

—Como me vuelvas a coger de las orejas o a hablarme así, te pego tal hostia que baila hasta el gato. A mí me respetas.

—Por favor, Luisi, ¿me practicas una felación?

—¿Ves? Así sí. Con sumo gusto.

Si luego yo me remangaba, me hacía una coleta y absorbía como la ballerina, pero con buenas formas. Yo con groserías no.

Lo de quitarme el sujetador fue una carnicería. Como no podía desabrochar el cierre, se puso a tirar de él como si me fuera a disparar las

tetas con una catapulta. Aquello no era un polvo, aquello era una batalla vikinga. Al rato salimos los dos a gatas del coche. A mí me temblaban las piernas de tenerlas en el techo. Un destrozo.

Ahí perdí la virginidad. Y sospecho que él también la suya, porque no dio una.

Cinema Paraluisi

VIERNES 29 DE MAYO. 21:48 H. PUES YA HEMOS CENADO.

Esta noche plan de sofá y mantita, que es súper romántico.

—¿Qué pelis ponen hoy en la tele? —le pregunto a Manolo—. Hazte un zapin.

Coge el mando y pasa canales a toda velocidad. Yo ni me entero de qué hay en cada cadena.

—Esta ya la hemos visto. Esta no que es de miedo y no te gustan. Esta tiene pinta de ser un coñazo. Esta la han echado hace nada. Esta lleva media hora empezada...

—¡Pero deja ya una!

—Es que no ponen más que mierda. Y repetida.

—La que sea, Manolo, que me vas a volver loca.

—Pues aquí, que empieza una en cinco minutos y me han dicho que es muy buena.

—Venga, pues esta.

Ahora dice que se va a hacer pis y a por palomitas de microondas.

—¿No has cenado ya bastante? —le dejo caer.

—Tú quieres que me dé una anemia.

—Así te estás poniendo...

—Como He-Man. Es que toda el hambre que no tenía cuando estábamos enamorados, me está viniendo ahora.

22:05. LO QUE TARDA...

—¡Vamos, Manolo, que empieza la película!

—¡Ya estoy! Mira, Luisi, soy un torero.

—Quítate mi compresa de la cabeza, por Dios. Deja ya de hacer el indio.

—¿Qué me he perdido?

—Nada, las letras.

—¿De qué va?

—Y yo qué sé, si acaba de empezar.

Manolo se lanza sobre el sofá (porque él no se sienta, él se arroja, hasta que lo parta). Se tapa con la manta y hace ruidos de gustito con la boca. Cuando ya se ha acomodado escora el cuerpo hacia un lado y prende la mascletá. Yo no sé cómo no se le da la vuelta al culo. El perro aúlla sobre la alfombra y busca el origen con el hocico.

—¿Es que tienes que venir aquí a cagarte?

—Hija, es al relajarme, que se me abre el chakra.

Mi Manolo es un capricho. Pues como yo también me quiero poner cómoda le encajo los pies helados detrás de los riñones. De la media voltereta que da es como si le hubiera clavado una porra eléctrica en el morcillo.

—Tú te bufas, yo te hago el frigopié.

—Te vas a reencarnar en víbora, Luisi. Mímate el karma.

Ya no me he enterado de por qué se ha muerto ese ni por qué tienen a la otra atada a un palo. A ver si dan los anuncios que me estoy haciendo pis. A la chica del palo ya la han matado. Mucha ansia de matar hay aquí.

—Esto de qué va —me pregunta Manolo.

—Pues no termino de enterarme.

—¿Ese no se había muerto?

—Qué va, si ese es el que ha matado a la otra.
—Y Godzilla cuándo sale.
—Me parece que esto es Batman.

No ha pasado ni media hora cuando Manolo empieza a bizquear y a dar cabezazos al aire. Un día se me descoyunta o le pega una cornada a la lámpara de lava. Se le queda la cabeza colgando del pescuezo entre el sofá y la mesa de mármol.

—¡Jjjjjjjjjj! —Ronca que ruge.

¡Coño, qué susto! Chasco fuerte la lengua.

—Manolo, vete a la cama que te estás durmiendo. —Le doy unos meneos con el pie en el lumbago.

—Que no estoy dormido, que estoy viendo la película.

—A ver, qué ha pasado.

—De todo. Si empiezo a contarte no acabo.

Un minuto y ya está roncando otra vez el bicho bola, ahora con saña, la campanilla le rebota en los dientes. Es como un hipopótamo soplando una vela. Me acerco un poco a él y le hago como a los gatos.

—Bsbsbsbs.

—¡Jjjjjjjjjjjjjj!

—¡Manolo!

—¡Qué! ¡Qué pasa! —Se incorpora sobresaltado.

—Que te vayas a la cama.

—Quiero ver el final.

—Pero si llevas media hora roncando.

—Estaba descansando un poco los ojos. Además yo no ronco.

Que no ronca, dice el desgraciado. Si supiera cómo se pone la cámara en este móvil le grabaría. Ya he vuelto a perder el hilo. Además a mí esta película no me gusta, que es todo el rato de noche y no veo nada.

Doy yo otra vuelta a ver qué echan. Esta. Esta tiene buena pinta. En el mando había un botón para leer la sinopsis de la película. Aquí está. A ver, sinopsis de *Sexo en Nueva York*. La escribe un tal Ángel Sanchidrián. No sé quién es ese señor. Será alguno de esos de Internet. Ahora cualquiera se cree escritor.

Sexo en Nueva York

Bueno, pues hoy he visto *Sexo en Nueva York* y os voy a contar un poco.

La película va de un grupo de chiquinas que se dedican a ir de compras, caminar por la acera en formación de estorbo y piropear a los chiquines guapos, que sólo les falta la boina y el palillo en la boca. Cuando se ven gritan «¡Uuuuh!» y saltan como una mona en un trampolín. Son muy guachis.

Luego cenan en un sitio elegante y hablan de sus cosas, de cuánto ha raspado la rubia, de que la rubia lleva las bragas como el filtro del lavavajillas, de que la rubia es más guarra que escupir tumbado, de que la pelirroja folla en un año lo que la rubia desde el garaje hasta el 4.ºA... De lo que hablamos todos pero comiendo sepia y con ropa del Zara taras.

La protagonista es una que tiene una verruga en la cara como el pezón de una cabra y que es escritora de libros de compromiso social. Ha escrito *Me lo como de un boca* y *Ya es otoño aquí en mi coño*, que se están vendiendo muy bien en el VIPs. Además dice que se tiene que casar ya porque tiene 40 años. Que si ella tiene 40 años Madonna está en La Voz Kids.

Entonces el novio le dice a la Carri que la boda la quiere barata, unas medianoches de fuagrás y un tang de tutifruiti, y es todo muy horrible y te quieres morir, pero después el rácano afloja la pasta y ya no te quieres morir pero ha estado cerca. Se sufre como en un tanatorio

gitano, que es lo que le da la calidad a la película.

El vestuario está muy bien porque la morena tiene más ropa que la que cuida los probadores, y una niña china, que va con todo.

Te la recomiendo si te gusta escupir tumbado o caminar por la acera en formación de estorbo.

Al agua patas

SÁBADO 50 DE MAYO, 21:07 H. CUARTO DE BAÑO.

Descubre el baño más relajante. Viaja hasta el paraíso sin salir de casa», dice la revista. Suena de maravilla, de modo que lo preparo todo, hasta con velas y música de Luis Cobos.

21:23 H. SUMERGIDA.

Las sales de baño se me clavan en el culo, el incienso me desgarran el esófago y los aceites esenciales flotan sobre el agua como un vertido de gasoil... Paraíso mi toto; esto es una ciénaga. Y qué pedal con la lavanda. Al final me sacan cadáver de aquí. Eso sí: los poros sí que se abren y notas cómo se eliminan las tocinas.

21:26 H. FLOTANDO BOCA ARRIBA.

Pues yo me aburro. Quiero acción.

—Manolo.

—Qué.

—Ven.

—No puedo ahora.

—Por qué.

—Porque está el «Ahora caigo», que sólo queda un contrincante y aún no ha salido la gallina dobladora.

—¡Que vengas!

Con el grito viene que se las pela, que ya sabe cómo me las gasto de mala leche. Al entrar en el cuarto de baño me ve sumergida en la espuma de la bañera y la bruma del vaho, un ambiente sugerente. Le seduzco acariciándome los senos cubiertos de jabón. En círculos, que es más fino.

—Vamos, métete conmigo.

—Foca.

—En la bañera, mongolo.

—Es que siempre me dices que no me acerque al baño si estás tú...

—Bueno, pues ahora es distinto. Quítate la ropa y al agua. ¡Va!

—¡A sus órdenes!

Se lanza para meterse de golpe, pero se detiene bruscamente y vuelve a ponerse de pie impulsándose con los brazos. Se ha abrasado los huevos. Ahora ya baja con más calma, rebotando hacia arriba y diciendo frases en alemán cada vez que posa las paperas en el agua.

—Venga, hijo, que es para hoy —yo ya estoy que me arañó las tetas en vez de acariciarlas.

—Es que has puesto el agua hirviendo. Mira, estoy sudando y todo.

Al final se arroja como una orca, vuelca y, por la misma tectónica de placas, después vuelco yo. Esto es de plata en el dúo de sincronizada. Cuando se sumerge del todo se desborda la bañera. Hasta oleaje se levanta. Me echo hacia atrás para hacerle sitio y me clavo el grifo en la nuca y el tapón en la batcueva.

—Hazme un masaje en los pies —le pido.

—A ver, trae aquí.

—Separa las piernas, que no llevo.

—No puedo, no hay espacio. Sube tú la pierna por arriba. Así, eso. ¡Cuidado!

Al subir la pierna me resbala el culo por el fondo de la bañera y me hundo. Percibo algo blandito rodeándome el pie. Cuando emerjo, veo que Manolo se está mordiendo el labio de la patada en los pelochos que le acabo de pegar. Incluso se le cae una lágrima, como cuando España ganó el mundial.

—Penalti —gime.

—Anda, anda, si no te he tocado.

Sí que le he tocado, sí. Vaya coz en las bellotas que se ha llevado el pobre. Me ha dolido hasta a mí. Decido recompensarle saliendo a faenar.

—Ponte los manguitos que vas a ver al pez mondongo —dice él. Ya se ha animado. De verdad, qué fácil es de contentar, qué predispuerto.

Me tapo la nariz y me pongo a bucear entre las piernas de Manolo como una percebeira. Aquí no se ve nada y además, con tanto jabón y porquerías, lo suyo ni me sabe. Le tiro de un huevo, que es la señal para indicarle que subo a la superficie.

—¡Coño! —exclama Manolo—. Creí que eras la niña china esa que sale del pozo.

—Ya se ha bebido el champú... ¿Tengo los ojos rojos?

—Qué va, si no has estado nada de tiempo abajo.

—Es que me quedo sin aire. Vamos a probar otra cosa —propongo—. Sube la cadera, que asome el topo, y ahí yo ataco.

—Venga, vale.

Después de un esfuerzo hercúleo, sale una pompa del agua y detrás aparece la punta del champiñón, como la cabeza de un naufrago.

—Esto es todo lo que puedo —me informa.

—Pues con eso no hacemos nada. Yo ahí no puedo echar la boca.

—Pues usa la mano, que para la tarjeta de crédito bien que te gira la muñeca.

—No empecemos, Manolo. No empecemos.

Velada romántica

1 DE MAYO. 23:12 H. NOS RECOGEMOS PRONTITO.

Venimos Manolo y yo del cine de ver la última de Julia Roberts y Hugh Grant haciendo de treintañeros. Muy bonita y muy romántica. Va de que él es un concejal tartamudo y ella una abogada con setenta y cuatro dientes. Una historia muy cercana, te sientes muy identificada.

Manolo quería ver una que se llamaba *Puños de destrucción*, pero le he dejado comprar el combo grande de bebida, palomitas y la chocolatina de Hulk y hemos visto la que me apetecía a mí. Ha estado tan atareado comiendo que ni siquiera se ha dormido, e incluso ha prestado atención en algunas escenas. En la de sexo sobre todo, diciéndole con la boca llena al protagonista que le diera legumbre a la pelirroja. Manolo es romántico como arrastrar de los pelos.

—Qué bonita la película, ¿verdad? —le digo en el portal.

—Un coñazo así de grande —separa las manos todo lo que puede.

—Hijo mío, qué poco romántico eres siempre.

—Oye, que yo también tengo mi vena romántica. Aquí, la que me cruza el nardo de arriba abajo.

—Qué asco das cuando quieres. ¿Ves como tú no has sido romántico en tu vida?

—¿Que no? Vas a ver...

Abre la puerta de casa y me coge en brazos. Al primer intento no; en ese

trata de levantarme y a mitad del recorrido me deja en el suelo resoplando. Al segundo bufa y lo hace con la fuerza necesaria.

—Madre mía, Luisi, lo que engañas de mirarte a levantarte.

—¿Me estás llamando gorda?

—No, cariño, estás hecha una brizna de polen.

Avanza a trompicones por el pasillo canturreando «tengo una vaca lechera». Qué salao. Le pego un pellizco de esos de usar los cinco dedos para agarrar lo más de carne y tirar de ella. A la altura de la babilla, donde más duele la grasa.

No me descalabra porque en taichí nos han activado el zen y esquivo los muebles con llaves de pescuezo, pero cerca anda. Aun así, consigue llevarme hasta el salón.

—Ahora te vas a enterar, muñeca. Desnúdate.

Barre de un manotazo la mesa del comedor y me arroja sobre ella. A la tarima el Lladró de los perritos bebiendo agua, los portavelas de cisne y la sopera de Sargadelos. Y yo patas arriba como el pavo de Nochevieja.

—Manolo, como te subas tú también aquí, nos vamos al 2.ºA.

—Además yo hasta ahí arriba no llego.

—Pues ayúdame a bajar.

Me coge del cuello y de una pierna y me tira sobre el sofá. Muy romántico todo, como una yegua pariendo. Se me ha quedado el culo pegado al sofá de escay y cuando me intento levantar me sorbe la piel de los muslos y no me suelta.

—Manolo, dame la mano y ayúdame a levantarme, anda.

—Si tú no haces fuerza también, yo solo no puedo.

—¡Pero tira más fuerte, hombre, que no tiras!

—¡Si tiro más fuerte te voy a arrancar el brazo!

Por fin el sofá me suelta los pellejos con un sonido parecido al de rajar

una sábana.

—¿Te has tirado un pedo? —pregunta Manolo.

—Ha sido el sofá.

—El sofá no suena así. ¡Te has bufado! —Olisquea el aire como un sabueso.

—¡Que no, coño! ¡Que te digo que ha sido el sofá!

Me siento y le pido que me levante otra vez para demostrárselo, pero no vuelve a sonar igual. Lo repito diez veces. Nada. Para una vez que necesito que un sofá suene como un gas.

—Pedorra. Te has cagao.

—Que te pires... Mira, de verdad, a veces hacemos el amor sólo porque te quiero.

Los dos estamos encorvados del esfuerzo.

—Yo estoy agotada y aún no hemos empezado —admito jadeando.

—Y yo.

—¿Pedimos una pizza?

—Vale, y vemos una peli. Ya nos ponemos románticos mañana, pero en la cama.

Tuppersex

MARTES 2 DE JUNIO. 18:35 H. LA CASA DE LA MARCE.

La Marce ha organizado un *tuppersex* en su casa a través de una amiga suya, Yolanda, que es la dueña de «Shosho Shop», una tienda de artículos de copular. Vamos a comprar las cositas para la despedida de soltera de Araceli, y así yo también aprovecho y amplío mi ajuar genital con alguna fruslería que vibre o que dé vueltas.

Yolanda es una mujer muy maja y risueña que te vende 20 centímetros de látex como quien te ofrece la enciclopedia de las setas, con ese desparpajo. No se sonroja ni comiéndose un plátano sin manos. Abre su maleta y descubrimos un arsenal para armar a un comando de ninfómanas. Aquí hay cosas que tienen que estar prohibidas por la OTAN.

—¿Preparadas para descubrir un mundo nuevo de sensualidad? —nos pregunta agitando como una maraca un ciruelo negro de ancho como mi muñeca. Es el dildo «bizco black»; se llama así porque te deja con un ojo mirándote el otro. Ya se ve que en este *tuppersex* las raciones son generosas.

Las ocho asentimos con la boca abierta. Ella va sacando artículos y explicándonos qué son, cuánto escuecen, por dónde se meten y qué hacer si no salen. Con qué jovialidad gira y maneja el puño de goma para «culitos traviosos». Ya hay que haber hecho una travesura muy gorda para merecer semejante escarmiento.

Después nos enseña unas bolas chinas que yo rechazo, porque no pienso

llenarme el culo de caramelos. También unas braguitas comestibles que tampoco quiero, porque Manolo se las va a comer directamente del envoltorio y no le hace ninguna falta. Ya sacaré algo que me interese. Si ahí hay de todo, incluso un enema, que no le acabo yo de ver la gracia erótica a estornudar por el culo. Pero oye, ca uno es ca uno y tiene sus caunás.

La Marce se ha comprado un conjunto de lencería sexy. Muy mono, tiene más tela un parche de nicotina. Muy para ella, desde luego. María Dominga, en cambio, ha optado por un arnés con pene incorporado. Tampoco creo que haya que hacer pasar a un marido por eso. Ya es mala uva. Hace poco le estimulé yo a Manolo la próstata y no fue al baño en tres días. Me dijo que era la última vez que le tocaba la caja negra, que él ha hecho la mili en Ceuta y que, además, cada agujero tiene su función: la boca para que entre y el culo para que salga. Con esas palabras.

Mientras tanto, Yolanda no para de sacar cosas nuevas. Un vibrador chiquitillo que es una pilila con ojitos, una ricura, y baila y te dice hola con los huevecillos. También lubricantes, esposas, una cosa horrenda de muñeca hinchable que es una colchoneta con tetas y boca, tangas, más vibradores de colores (que deben de ser las picholas de los teletubbies), un simulador de sexo oral con varias lenguas que giran como un molinillo y te van relamiendo el sopapo... El catálogo es inagotable.

Al final yo he elegido un par de menudencias para mí y otro par que usaré con Manolo para la monta y mamporreo.

¿Te has fumao un porro, Luisi?

JUEVES 4 DE JUNIO. 19:26 H. YA LA HEMOS LIADO.

Nueva ocurrencia de la Marce. Ahora dice que para la despedida de soltera hay que comprar un porro, que es tradición. No sé a qué fiestas va ni quiero saberlo. El día que venga la Interpol a casa preguntando por ella, les diré que no la conozco.

—¿Tú estás segura, Marce?

—¡Que sí, pesada! No me des más la murga.

—¿Y si me engancho a la cocaína o me quedo tonta?

—Tonta ya estás, Luisi. Muy tonta.

Bajamos del coche. Hay un grupo de adolescentes de botellón en el parque con el móvil a todo volumen, escuchando a un señor que dice que todo es una mierda y que todo el mundo es gilipollas.

Nos dirigimos hacia ellos. Aparentemente los machos descansan mientras las hembras se acicalan y berrean. No parecen hostiles, pero por si acaso cojo un palo. Creo que si les das fuerte en la boca salen corriendo, lo vi en callejeros viajeros.

—¿Qué hacemos si aparece la policía?

—Yo me saco una teta y tú corres. ¡Y yo qué sé, Luisi! Pues echar la culpa a los chavales estos, que ya tendrán antecedentes penales.

—Se me están agarrando los nervios al vientre.

—Tú actúa con flow y ya está.

Buenísimo el consejo, sí. Yo pensaba que el flow era una pieza de los aviones.

Me fiaré de la Marce, que va muy resuelta. Los chicos tienen gorra pero no la llevan ni puesta ni quitada, es muy raro; se les sostiene sobre la cabeza como un barreño. Los pantalones van cagados hasta el contramuslo, por eso se mueven como caimanes. Las chicas llevan la raya del ojo que les da la vuelta al cráneo, los labios como el borde de una empanada, y unos shorts a medio culo que si se sientan en el suelo se les pegan las colillas en el congreso. Vaya fauna...

De todos modos, lo que más me inquieta es el criadero de rottweilers y pitbulls que tienen aquí montado. Hay más perros que minis de calimochos. Lo mismo vienen de una granja escuela.

Bueno, lo importante es hablar su idioma. Voy a entablar contacto verbal.

—Ola, ke ase?

Se me quedan mirando con cara de paisaje con fuente.

—Qué pasa, broders. ¿Todo dabuten?

—Pero qué quiere, señora.

¿Cómo que «señora», pequeño hijo de puta? «Perdona, guapa», o incluso «Oye tú», pero «señora», desgraciado... Interviene la Marce para que la operación no se vaya al traste.

—Buscamos mierda de la buena.

—Opiáceos —añado yo afirmando con la cabeza.

Se levanta un chaval, el que parece ser el moco alfa, porque lleva más oros que el resto. Voy corriendo a ayudarlo, pero resulta que no es cojo, que es rapero. Le suelto el brazo y doy dos pasos hacia atrás. Aquí nadie ha visto nada. Él inclina el tronco y pone las manos como si las tuviera dormidas, con los dedos tiesos. Hay mucha artritis juvenil ahora, es una pena.

*Hey, pongan atención.
Acaba de llegar el que pone la emoción.
Sientan la presión
cuando llega el dueño de este don.*

—¿Qué dice? —le susurro a Marce.
—Está rimando. Ellos se comunican así.
—Ah... ¿Y se entienden?
—No lo sé. No hay consenso entre los logopedas.

MC Góngora sigue a lo suyo.

*Parecen deficientes
con problemas en la mente.
Todo es improvisado
con la mente deficiente.
Corto de mente.*

—¡Hu ha! —añado yo, y pongo los dedos como él.
—Qué haces —la Marce me da un codazo.
—Y yo qué sé. Es Chimo Bayo.

El mermado ha debido de terminar su actuación porque ha dicho «¿oíste, men?» y se ha cruzado de brazos. Yo silbo como los demás y agito las manos colgando.

—Queremos probar la mercancía antes de comprarla —les dice la Marce.
—Bujías, rúlale el peta aquí a las yayas.

Este al final se vuelve a la escuela taller de una hostia. Marcelina le da un par de caladas y me lo pasa. Yo me aprieto otras dos. No había probado esto nunca.

—¿Tú qué tal? —me pregunta.

—Me veo el aura.

—¿Y la mía cómo está?

—Refollante.

—Yo creo que esto no es marihuana —dice la Marce mirando el porro fijamente.

—No sé. A mí risa no me da, pero me están saliendo escamas. Y he visto dos duendes.

—Voy a preguntarles a los pokemons esos a ver.

—Anda con cuidado, Marce, que hay uno que escupe fuego.

—Tranquila, que puedo volar.

Despedida de soltera

SÁBADO 6 DE JUNIO. 20:32 H. PREPARANDO EL SARAO.

Se casa Araceli. Por fin. Porque la pobre ha tenido siempre muy mala suerte con los hombres. Este de ahora da la sensación de poder hacerle el apaño a la mujer. Lo ha conocido en Internet, en una de esas páginas de «solteros exigentes», que son los que no hay dios que los aguante. Tú ponte exigente a partir de los 40 que acabarás devorada por los gatos. Menos la Marce, que no pisa un altar desde la primera comunión ni entra en sus planes hacerlo, y aún así no se pierde un safari. Ella a los solteros exigentes se los pasa por la misma aduana que a los divorciados. No hace VIPs.

21:36 H. VAGÓN DEL METRO. SOLAS. EL RESTO DE PASAJEROS
HA ESCAPADO.

No llevamos ni veinte minutos fuera de casa y ya estamos armando barullo, que es lo que exige este tipo de celebración. Aurora se está atornillando en la barra apoyabrazos dando vueltas mientras la novia nos concede deseos con una varita con glande. Tú pides un deseo y ella te da con la varita en la boca y te lo concede. Es lo que me hace a mí Manolo con la suya, que dice «orden en la sala» y me da con ella. Como un juez de paz. Eso lo ha tenido que aprender con el porno.

De atuendo hemos elegido una cosa fina y apropiada: un vestido de enfermera que cae justo donde le salen muslos al frodo, y una polla de

peluche en lo alto de la cabeza con los huevos en las orejas. La cofradía del cogollo. Sutil. A Conchi la barriga le hace toldo y si se sienta se le pone la minifalda de babero, de modo que tiene que estar continuamente con el bolso apoyado en las piernas para que no le cuelgue el caracol.

El vestido es de plástico, envasado al vacío y con una abertura entre las piernas. Lo mismo podemos ser un grupo de enfermeras sepsis que una cesta de minibabibel. Al principio nos íbamos a disfrazar de conejitas playboy, pero lo descartamos porque parecíamos el catálogo de Campofrío.

**21:54 H. RESTAURANTE «GUSA, GUSA». CENANDO JUNTO A
OTRAS OCHO DESPEDIDAS DE SOLTERA. LOS DEMÁS
COMENSALES ALEJAN SUS MESAS DE LAS NUESTRAS.**

Cada una llevamos una jeringuilla, también con forma de minga, llena de vodka que sale disparado directo a la boca o a los ojos, según le hayan colocado la uretra los chinos en la fábrica.

Mientras cenamos, nos disparamos entre nosotras con las jeringuipollas y mojamos a otros clientes para que compartan nuestra alegría, aunque no parecen muy entusiasmados. María Dominga tiene la boca abierta como una hipopótama y la Marce le está vaciando el cargador directamente en la garganta. El eructo que se tira después no lo he visto yo igual ni en Marruecos. Tiene que haber dejado poso del almuerzo.

Después del segundo plato el camarero trae la tarta, que obviamente es un cipote de nata y frambuesa eyaculando la palabra «Araceli» con crema de limón. Mala pinta no tiene, pero nos quedamos sin probarla porque María Dominga le ha estrellado la cabeza a la novia contra la bandeja y le ha paseado la cara por todo el postre agarrándola de la nuca. Afortunadamente, Araceli no se lo ha tomado mal porque lleva una mierda encima que ya ni distingue.

Recargamos las jeringuipollas con vino peleón y salimos de ahí.

00:14 H. HACIENDO ESLALON.

Vamos por la calle en formación de estorbo, así que los viandantes tienen que bajar a la calzada para esquivarnos. Begoña está vomitando en una farola,

la Marce restregándose contra el capó de un Renault Megane, y las demás estamos gritando a la gente como gitanas vendiendo bragas. Alegría aquí.

Decidimos coger un taxi. La Marce intenta parar alguno levantándose el vestido. Taxi no pasa ninguno, pero coches pitando un montón. Nos gritan cosas desde la ventanilla pero no entendemos nada. Saludamos.

00:40 H. LOCAL DE STRIPEASE MASCULINO «BAILA BOYS».

Milagros está fuera de combate. Se ha quedado dormida en una silla con la cabeza colgando, la boca abierta y los huevos de peluche encima de los ojos. Lo mismo se ha desnucado. Empezamos a sufrir bajas.

Todavía tenemos en pie a la Marce, que alarga el pescuezo como un diplodocus y nos demuestra que puede meterse un vaso de tubo en la boca, que es algo muy femenino, muy faquir. También le cabe un puño, y seguro que si se lo propone se puede comer un zapato. Ahora empiezo a entender lo de «solteros exigentes».

En ese momento sale un *stripper* mulato al escenario. Le llueven la lencería y los chorros de vino tinto. A duras penas ha podido esquivar las bragas de María Dominga, que si te dan te trepan a la boca.

—¡Tío bueno!

—¡Hazme un hijo, pirata!

—¡Te voy a dejar sin cabeza la gamba!

Él se mantiene firme en su puesto. Debe de ser un profesional curtido en mil bautizos y cumpleaños. Cuentan que hay muchos que se desmoronan y llaman llorando a sus madres. Hay que haber estado ahí arriba para saber lo que es. Conozco a un veterano de esto, ya retirado, que ahora no puede ponerse el pijama con la luz encendida. Le están tratando en Houston.

El muchacho me mira y extiende el brazo. Le digo que no con la mano pero me agarra de la muñeca y me arrastra hasta el escenario. Literalmente, porque yo recta aún me agunto, pero los escalones los he subido con los dientes.

Estas cabronas mientras tanto gritan y aplauden. Que le arranque no sé qué al muchacho, o algo de la tráquea y los ojos como huevos de caimán. Ni

idea. Bastante tengo con salir viva de esta. El chiquín me sienta en una silla y me despachurra la comadreja en la boca, que menos mal que lleva puesto un slip. Yo me amarro al culo con las dos manos y trato de aguantar las sacudidas sin que me parta el cuello.

HORA INDETERMINADA. NOS HAN CERRADO EL LOCAL DEAMBULAMOS REPTANDO POR LA ACERA.

Calculo que deben de ser las 5 de la mañana porque alguien se ha asomado a una ventana y nos ha gritado que dejemos de montar escándalo, coño, que son las 5 de la mañana.

Vamos como las beduinas.

Por mi parte voy arrastrando los tacones y llevo el rímel como Kung-Fu Panda, pero las demás también vuelven elegantes. Araceli es la novia cadáver, y detrás vamos las damas de honor: Quasimodo, la niña de Shrek, Pipi Glotis, Pozi y La cosa del pantano. A Milagros la lleva María Dominga en una carretilla que ha cogido de una obra. Sabemos que sigue viva porque ronca.

HORA INDETERMINADA. CON LA CABEZA APOYADA EN LA MARQUESINA DEL AUTOBÚS NOCTURNO Y EL CUBATA EN LA MANO, QUE NO IBA A TIRARLO, QUE ESTÁ ENTERO.

Se me acerca un policía y me da con los dedos en el hombro.

—Buenas noches, señora.

—¿Hay algún problema, señor agente? —le pregunto intentando mantenerme quieta y no acabar en el carril bus.

—¿No sabe usted que no se puede beber alcohol en la calle? Se enfrenta a una sanción de 300 euros.

Intento cogerle la porra para seducirle, pero no me deja. Ahora estoy echada sobre una papelera, a unos cuantos metros de la marquesina. Me estoy teletransportando.

—Si es tan amable usted de acompañarnos.

—¡Ay, pillines!

—Señora, por favor...

¡Que voy bien!

DOMINGO 7 DE JUNIO. HORA INDETERMINADA, PROBABLEMENTE
LAS SEIS DE LA MAÑANA. EN LA PUERTA DE CASA. CREO.

Ole mi coño, que me he ahorrado el taxi. Me han traído los policías a casa, muy amables. Me he echado una cabezadita en el coche patrulla. Yo no me había pillado una cogorza equivalente desde que regalaban copas con cada suspenso. Es el momento de poner en práctica mis conocimientos de Taichí para abrir la puerta. Silenciosa como un ninja, precisa como el Windows.

LAS SEIS Y ALGO.

Llamo a Manolo al móvil porque la cerradura no se está quieta, pero me sale la voz de una señorita diciendo que el teléfono al que llamo está amargado o fuera de Extremadura en este momento. Qué gilipollez. En cuanto se me acabe la permanencia, me cambio de compañía.

LAS SEIS Y PICO TODAVÍA, SUPONGO.

Un señor grueso abre la puerta. Qué feo es.

—¿Tú te crees que estas son horas, Luisi? ¡Que vas a despertar a todo el portal!

Parece hostil. Calma, Luisi. Recuerda las enseñanzas del maestro Juan de

Dios. Si no me muevo no me ve.

—¿Entras o te vas a quedar ahí plantada?

Le miro con los ojos regañados, balanceándome. Voy cambiando el peso del cuerpo de los talones a la punta de los pies mientras intento enfocar su cara.

Pues me ha visto el lince ibérico.

—Te has puesto tibia, ¿verdad?

—He chupado hasta el posavasos, no te digo más.

Soplo hacia arriba para apartarme los huevos de peluche de la cara. Él se hace a un lado para que yo entre en casa como los coches de choque, rebotando de una pared a otra. Manolo intenta ayudarme pero no le dejo.

—Chst. Tranqui, que yo controlo.

Madre de Dios, lo que gira esta casa. Voy como Pocholo en el camión de la Cruzcampo.

¡Cago en mi destino! Me he triturado el dedo meñique contra la pata de una mesa. Dejo de blasfemar y me empiezo a mear de risa porque me he acordado de cuando Conchi ha ido al baño y se le ha colado todo el culo en el váter y no podía salir. De hecho no recuerdo si hemos llegado a sacarla o la hemos dejado allí. Mañana la llamo.

Pongo rumbo a la cocina y cojo a puñados las croquetas que hay en el horno. De la mano van al esófago sin tocar los dientes. Un cerdo se levantaría de la mesa viendo esto, lo reconozco.

—Hay hambrecilla —informo, ante el estupor de Manolo.

—Mastica, mujer, que te vas a ahogar.

—Qué va, si no añusgan. Entran solas.

Mira que yo soy de morro fino, pero ahora mismo me como lo que me caiga en la faringe. Meto la cabeza en la nevera y saco todo lo que pillo:

albóndigas, yogures, salmorejo... Manolo me tira de la cuerda del fuet, pero aprieto los dientes y no lo suelto.

—¡Venga, tira para la cama!

—A ver si la encuentro.

LAS SIETE DE LA MAÑANA, A LO MEJOR. SOSPECHO QUE EN LA CAMA.

No puedo dormir. Estoy mareada. Y cachondilla. Perreta. Como está todo a oscuras y no veo nada, le echo la mano a Manolo y rebusco. Sólo palpo colgajos.

—Qué haces... —protesta todavía medio dormido.

—¿Me has echado de menos?

—No me ha dado tiempo.

Qué resalao. Pues vuelvo al potaje.

—Qué te pasa ahora...

—Eres mi marido. Quiero que me des lo que pone en el Código Civil.

—Luisi, por favor, que estás borracha. Y mañana trabajo.

—Pues quiero el divorcio.

—Vale, pero mañana.

—Tú duérmete, que yo me apaño sola con la piruleta.

Full Manolo

DOMINGO 7 DE JUNIO. 15:05 H. BOCA ABAJO EN LA CAMA COMO UN SAPO. SE ME HA IDO TODO EL FENSUÍ.

Cuando Manolo se ha enterado de que anoche fuimos a un boys en la despedida de soltera, le ha dado una pelusa que lleva todo el día como un niño chico de ñoño y enfadica. Y yo con una resaca de mendigo ruso. Cada vez que digo algo me suelta una fresca.

—A ver, qué tenía ese que no tenga yo.

—Ay, Manolo, si tener tenéis lo mismo, pero colocado de forma distinta. Lo que tú tienes en la tripa él lo tiene en los brazos. Y ya está, no pasa nada. Si lo importante es que haya. Y haber hay de sobra.

—¿Me estás llamando gordo?

—Tú no estás gordo, tú eres recio.

—Lo sé. Si yo como igual que un pajarito.

—Si un pajarito comiera como tú, no le llegaban las patas al suelo. Sería una pelota de tenis con alfileres.

19:44 H. POR FIN HE PODIDO REPTAR FUERA DE LA CAMA. VOY AL SALÓN Y ME LO ENCUENTRO A OSCURAS, CON LAS PERSIANAS ECHADAS.

De pronto se enciende una luz roja, empieza a sonar «Paquito el chocolatero» y veo a Manolo plantado en mitad del salón haciéndome así con

el dedo para que vaya.

—Ven aquí, pichurri, que va a zarpar el amor —me dice mientras empieza a hacer unos movimientos que por lo visto son un baile sensual, aunque parece que se está cagando de los retortijones.

Según me voy acercando, él se va quitando la ropa y lanzándola por los aires. Le digo que como me rompa algo la tenemos, pero me hace el mismo caso que me hace siempre: ninguno. Cuando se quita la camiseta se le caen las tetas encima de la tripa y le rebotan dos veces. La verdad es que tiene tetas de correr por la playa. Es hipnótico cómo se le mueven, casi lésbico. Después se desabrocha el cinturón y se desparrama del todo.

Madre mía, vaya pisto...

Para rematar el espectáculo, agita los calzoncillos en el aire y me los lanza a la cara. Lucho con ellos como si me hubieran tirado encima un gato mojado. Creo que me han mordido.

Debajo de los boxers trae sorpresa: un tanga rojo, mío, que le está cortando la circulación en las inglés. Se da la vuelta y se agacha, meneando ese culo con el hilo de tela roja en medio, como dos melones colgando de un tendedero.

—Culito, culito —dice moviéndolo de lado a lado.

Cuando llega el estribillo ya se ha quedado desnudo con el tetamen al aire, los calcetines blancos y los brazos en jarras. Está para dispararle un dardo y llamar a los forestales. Pero él sigue a lo suyo. Se chupa los dedos y se pellizca los pitorros de botijo que tiene por pezones haciendo como que quemán.

—Shhhhh.

Está ya en el éxtasis. Se agarra al marco de la puerta, levanta una pierna y empieza a restregar el matojo contra la madera, arriba y abajo, igual que un jabalí con pulgas.

—¡Hazme tuyo, María Luisa!

—Manolo, para ya con el quicio de la puerta que te vas a desollar los muslos. Y además, ¿tú te has dado un agua ahí? Porque yo no pienso limpiar eso.

—Tarzán no se ducha, Tarzán sólo ama.

—A Tarzán la panza no le tapa la minga.

—Tú no sabes qué hacer con tanto macho. Tengo minga para mear boca arriba.

Viene hacia mí andando como John Travolta con sabañones. Me agarra de la cintura y hace conmigo lo mismo que estaba haciendo con el marco de la puerta.

—Manolo, ¿qué haces?

—Te perreo.

—Pero tú dónde oyes esas cosas.

—En la MTV, que ya no ponen música.

A las cuatro veces que sube y baja restregándome el coyote por la pierna está que no puede con su alma. Le da la tos espesa, que le hace agacharse y darse palmadas en la rodilla mientras saca el gargajo.

—¿Estás bien? —le pregunto ya preocupada.

—Sí, cojonudo, solo hay que verme.

—¿Te traigo un vaso de agua?

—Tráeme una cerveza mejor.

—Ya sabes que te ha dicho el médico que no puedes beber.

—Pues cada vez que te vas al bingo yo me meto unos gargantazos de pacharán que me pongo a hacer el pino.

—No será verdad...

—Anda que no.

Pretty Luisi

MIÉRCOLES 10 DE JUNIO. 8:39 H. DURMIENDO COMO UN BEBÉ DE
LOS QUE TODAVÍA NO SABEN ANDAR.

Me despierto sobresaltada al oír unos golpetazos contra la puerta de la habitación. Podría haber jurado que era un ataque zombi, pero no, es Manolo abriendo con el codo porque tiene una bandeja en las manos.

Parece que me trae el desayuno a la cama. Qué atento está conmigo desde que he empezado a salir de cachondeo. Estará con la mosca detrás de la oreja.

—¡Feliz aniversario, pichurri! —me grita.

—Anda, ¿cómo es que te has acordado?

—Después de la que me montaste el año pasado, lo he apuntado en el móvil, en la cartera, en el coche, en el trabajo, y le he dicho a mi madre que me avise.

Apoya la bandeja sobre mis piernas y se arroja a mi lado. Adiós al zumo de naranja. No pasa nada, estaba lleno de pipos y pulpa flotando. Luego me da un besito de buenos días.

—Manolo, no te habrás comido el estiércol de las macetas...

No se da por aludido, como de costumbre. Luego le doy un chupito de Fairy.

También me trae una rosa que estoy segura de que la ha robado del jardín

de la vecina, porque viene llena de hormigas y el tallo, en vez de cortarlo, lo han retorcido y arrancado de cuajo.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Una receta mía. Con mi ingrediente secreto: un chorrito de amor. Y tomate frito, que siempre le da un toque distinguido. —Frota los dedos de la mano unos contra otros, como si estuviera sazonando.

—No habrás usado la sartén buena, la de freír los huevos...

—No sé. Una roja que pone en el mango «Manolo, no tocar».

El comistrajo es un revuelto de huevos, chorizo, patatas fritas de bolsa y champiñones de lata. Una de sus famosas «cerdicatessen» que se hace cuando está solo en casa. Esto se lo doy al perro y lo aparta con la pata. Luego me pasaré por la cocina a ver la que ha liado el Capitán Pescanova.

En fin; cogeré un bombón.

—Aquí faltan bombones. Todos los que van rellenos de licor.

—Uy, ¿a ver? ¡Qué sinvergüenzas los de la tienda!

—Manolo, por favor, que tienes el chocolate en los dientes.

Se ríe que parece una hiena yonqui con los dientes negros.

—Me has pillao.

—Contigo no hay manera.

—¿A que no te doy tu regalo?

—¿También me has comprado un regalo?

—¡Hombre, claro! Que no le falte de nada a mi Luisi. Y de paso que no me grite.

—Qué tonto... ¡Venga, dámelo ya! ¡Qué ilusión!

Saca un estuche de joyería y lo abre. ¡Un collar! Y parece bueno, no es purrela. Me quedo muerta.

—¡Ay, Manolo, qué bonito!

Justo cuando lo voy a coger, va y cierra la caja como un cocodrilo las

fauces. Me ha tenido que partir los cinco metacarpos. He oído el crujido y todo.

—¡Jo, Luisi, se suponía que tenías que haber quitado la mano corriendo y haberte reído!

—¿Pero tú me ves que me ría, pedazo animal? ¡Y cómo voy a apartar la mano si lo has cerrado igual que cierras la taza del váter!

—Cada vez tienes la mecha más corta.

—Es que vaya ideas de bombero las tuyas...

Me hace el cura sana con besitos en los dedos y el cuchi cuchi debajo de los sobacos, que me da muchas cosquillas, y no me lo tiro ahora mismo porque tengo la mano como el pie de un mono y duele mucho. Pero me lo tiraría.

—Venga, vístete, que me he pedido el día libre y tengo más sorpresas para ti.

22:13 H.

La verdad es que ha sido un día maravilloso, como hacía muchos años que no pasábamos uno igual.

Hemos ido al mercadillo y Manolo le ha dado 50 euros a la gitana y le ha dicho que me hiciera la pelota. Me ha cundido mucho, que no tenía sandalias para ahora para el verano ni blusas fresquitas. Y unas braguitas, que las tenía todas carcomidas.

Después me ha llevado a comer a un bufé chino pero de los buenos, de los que le llevas las gambas al cocinero y te las hace allí mismo con tallarines. Un lujo asiático.

Por último hemos ido a un spa. Chorros de agua como le hacen a los presos, aromaterapia, piedras calientes por encima del cuerpo, una piscina de barro que Manolo al salir parecía el yeti, masajes de esos que te pegan hostias de cunfú en la espalda y te quitan las tensiones, un baño de chocolate que Manolo se ha comido todo el de los brazos...

Hoy mi hombre me ha conquistado.

Cibersexo

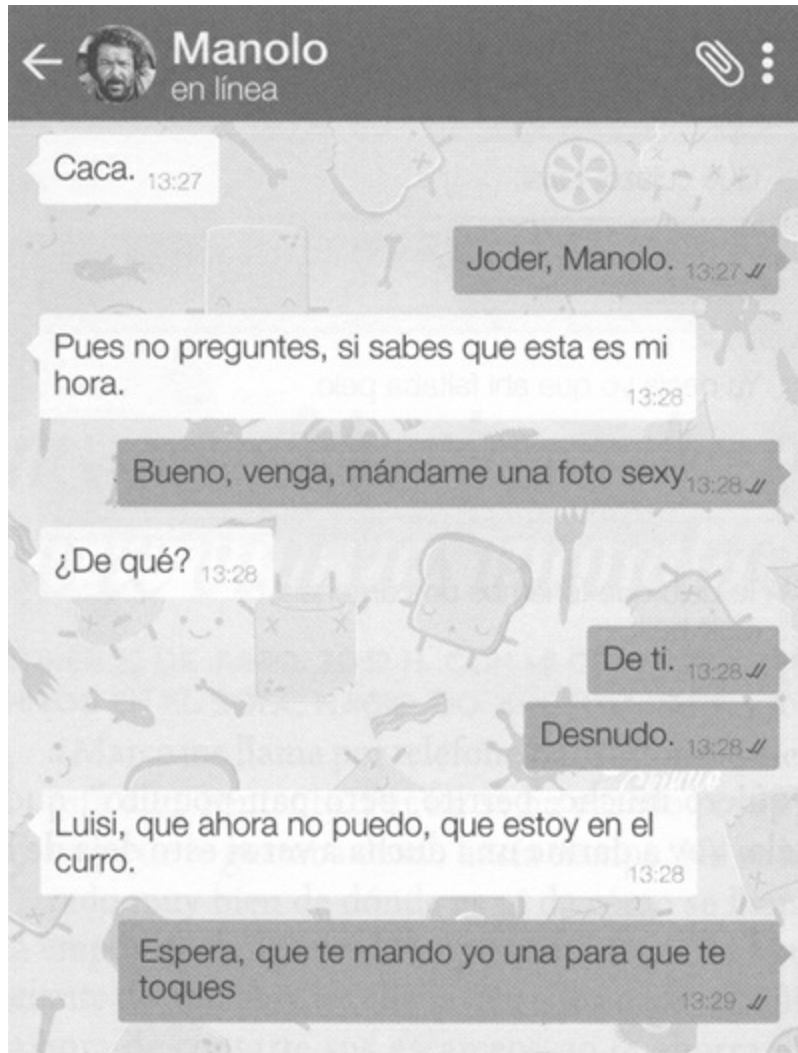
JUEVES 11 DE JUNIO. 13:24 H. DANDO VUELTAS POR CASA.

Qué día llevo. Estoy más salida que Loli Faringe. Me he despertado ya haciéndole la pinza a la almohada como un caniche montado en un cojín. Me he echado agua fría en el bidé a manotazos. He usado el vibrador por los dos lados, que pone en las instrucciones que se desaconseja, pero estoy muy loca. Y nada. Todavía estoy que me como los espárragos mirando al techo. Qué ansia coneja.

Voy a hacer cibersexo por wasap con Manolo.

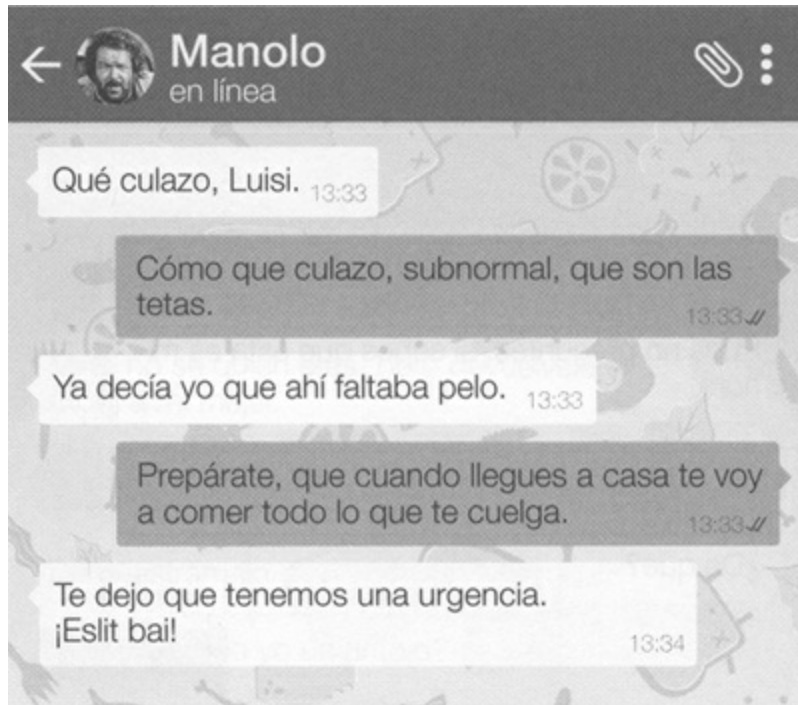






Me voy a hacer un selfi de la gallineja para mi hombre. A ver. Una pierna va encima de esta banqueta. La otra flexionada. Me agacho para que salga sonriendo el protagonista. Apoyo la cabeza en la pared para no caerme de morros. Paso el brazo por debajo sujetando el móvil. Con la otra mano me agarro a la cortina porque verás al final qué hostia. Disparo.

Han salido la cómoda y medio muslo borroso. Me saco una foto de los pechos desde arriba, no me complico más. Enviar.



«Te quiero mucho, perrito, pero pan poquito», que decía mi abuela. Voy a darme una ducha a ver si esto deja de hervir.

Cómeme el berberecho que se le van las vitaminas

VIERNES 12 DE JUNIO. 20:12 H. CON MI CERVECITA Y MIS
PANCHITOS EN EL SOFÁ, HACIENDO APETITO PARA LA CENA.

La Marce me llama por teléfono para informarme de que está muy contenta. Por fin se ha pasado por la gruta a uno que le gustaba desde hacía tiempo. No se ha enterado muy bien de dónde es ni de cómo se llama, pero se lo ha empezuñado, que es lo importante. Cuando Marcelina pasa delante de una obra, es ella la que silba a los albañiles.

A la hora de contarte sus escarceos no te ahorra detalles. En cinco minutos ya sé cómo la tiene el otro, cómo la maneja, cuál es su dieta en la cama y dónde le echa la salsa. También sé que después del meneo que le han dado ha dormido como una gata preñá, boca arriba y con las patas sobre la tripa. Aunque le ruego que no sea tan explícita, ella como la que oye llover.

—Y lo mejor, la catacoño. Mira, los vellos de punta sólo de acordarme.
¡Mira, mira, mira!

—¿La qué?

—La comida de fresón que me hizo. Y en todo el perímetro, no te creas. Se daba unos paseos con la lengua desde el ombligo hasta la espalda que yo ya no sabía si correrme o cagarme.

—¡Marce, no seas ordinaria!

—¿Qué pasa, que a ti no te gusta que te lo hagan?

—Pues no lo sé, nunca lo he probado.

—¿Manolo no te lo zampa?

—Qué va. Si para que se coma una rodaja de merluza se la tengo que rebozar y le echa medio bote de mayonesa.

—Pues toda mujer tiene que probarlo.

—Siempre me dices lo mismo. Si por ti fuera, habría que probarlo todo.

—Es que yo soy una catadora de la vida. No hay tren en el que no me monte. Ni hombre. —Levanta dos veces las cejas—. Y que me quiten lo chupao.

No, si va a tener razón, como la tiene siempre. En las cosas de pasarlo bien no hay nadie que sepa más que ella. ¡Ea! Ya sé qué va a cenar hoy Manolo. Hay que preparar bien los ingredientes del menú para que se le haga la boca babas sólo de verlo. Me puedo hacer una idea de las técnicas de chupamiento y frote gracias a la película porno que vi. En principio es algo sencillo.

20:31 H. EN LA DUCHA.

—¡Manolo, no abras el agua caliente!

Por si acaso.

Me enjabono bien el muesli desde el pubis hasta la espalda, con efusión. Esto tiene que quedar que lo vea un inspector de sanidad y me dé dos estrellas Michelin.

Cuando he logrado una abundante espuma, procedo al aclarado con el chorro de la ducha.

20:52 H.

Sigo aclarando. El chorro tiene varias posiciones. Me he quedado un rato en la de «chubasco balear», pero voy a probar ahora la «tormenta de otoño». Canto la canción esa de «Sobre mi bidé» de Mónica Naranja mientras me enchufo el riego en el queso fresco. Me parece a mí que al vibrador le ha salido competencia.

21:28 H.

Me echo colonia en los muslos y en las afueras de la boloñesa. Una presentación esmerada. En la baja cocina es muy importante el emplatado.

—¿Qué hacías en la ducha que has tardado media hora? —me pregunta Manolo.

—Preparando la cena —le contesto.

—Ya andas tramando algo, ¿verdad?

—Yo siempre —me río para mí misma, que me troncho conmigo. Soy muy la monda yo.

Si supiera los viajes que me pego al coño sur cuando me quedo sola... Bueno, al lío. Me abro el albornoz.

—Manolo, quiero que me hagas un cunnilingus.

—Yo te lo hago, pero voy a dejar la cocina hecha una cochambre.

—¿Pero tú sabes lo que es un cunnilingus?

—Yo ni puta idea, pero si tienes el antojo...

—A ver, hijo, que no te enteras. Que quiero que me hagas sexo oral.

—¿Que te diga guarrerías como la otra vez?

Nada, que no se entera. Se lo voy a explicar como Súper Coco. Pongo los dedos en forma de uve y meto la lengua en medio, a ver si por señas le queda más claro, aunque el gesto sea más zafio que juntar mocos. Y parece que por fin se ha enterado, porque se queda quieto mirándome muy serio por debajo de las cejas, con cara de sondeo electoral, y mueve el dedo índice negativamente.

—Eso no se come, Luisi. Eso caca.

—¡Anda el otro, que se me pone tiquismiquis! Si lo tuyo se come, lo mío también.

—No tiene nada que ver. Lo mío es durito y liso y lo tuyo es como el pan de las torrijas.

Estamos negociando. Pero este hoy cata cococha como que yo me llamo Luisa. Y ya puede patalearse si quiere, que le va a dar lo mismo. Me tumbo en la cama y le digo que si quiere croquetas que se meta donde cubre y empiece a montarme la yema.

Él aproxima el hocico con cautela y le da un sorbito a la cataplasma. No le ha disgustado porque miro hacia abajo y le veo hozando como un cochín.

—¿Te gusta?

—Sabe a mar, pero se nota que es fresco.

—De la braga al paladar, más reciente imposible.

Le sugiero que me estimule un poco la zona con la mano, por ir variando, que el clítoris es un órgano con muchos matices. En qué momento le he pedido caramelos a una cabra... Me estampa la palma abierta y me toca el glosi como una pandereta, que me lo estoy imaginando con un pañuelo en la cabeza cantando que hacia Belén va una burra.

Mejor que vuelva al condumio, que no se estaba dando mala maña.

—¿Va bien? —me pregunta.

—Prueba a chupar como cuando te quemas un dedo.

—¿Así?

—No, así es como cuando te ha picado un mosquito. Yo digo con la lengua fofa, como un mocho sin escurrir.

—Ah, vale. Igual que se lo hace el perro a sí mismo en el sofá.

—Eso, eso. Dale ahí.

Oyoyoy... Ay, madre, qué deleite. Ahora sí que sí. Yo creo que se me han dado la vuelta los ojos.

—Tienes que ir cambiando de ritmo —le asesoro—, que si no se te hace bola.

De repente suena «pfff». Manolo se queda paralizado. Qué vergüenza, madre mía. Si es que me he relajado mucho.

—¿Eso ha sido lo que yo creo que ha sido? —inquire Manolo.

—Eso ha sido que te lanza un beso. No te me desconcentres ahora y abreva.

Por qué poquito... Seguidamente le solicito que centrifugue, que estoy a punto de nieve, cuando noto que en un descuido ya la está intentando meter.

—¡Manolo, que te veo! Eso ahora no. Ahora rebaña. ¡Ahí! ¡Ahí, ahí, ahí!

Terminé. Me he quedado tumbada con las patas tiesas, como una gallina muerta. Juraría que hasta se me ha equilibrado el PH.

—Luisi, me ha encantado esto —me confiesa Manolo—, pero no vendría mal quitar unos cuantos rastros para las próximas veces. Que he estado apartando pelusas como los guisantes del arroz tres delicias.

—Yo le pinto los labios si quieres, pero esto como poco una vez a la semana, ¿eh? Que me acabo de quitar diez años de encima.

Poda y desbroce

SÁBADO 13 DE JUNIO. 10:14 H. DELANTE DEL ESPEJO EN ROPA INTERIOR.

Suelo discutir mucho con la señora que se refleja en el espejo cuando me planto delante. La pongo a caer de un burro. No sé si es «la voz de mi conciencia», «la diosa que llevo dentro» o la mala hostia que me entra, que es una cosa que he heredado de mi madre, como el tobillo ancho o que me engorde hasta respirar por la boca. Eso y que cuando me invade la morsa me pongo como una termita en el Ikea. No sé qué me pasa que por el día como normal, pero es caer la noche y no hago prisioneros.

Creo que llevo desde el verano pasado sin depilarme. Y eso las piernas y axilas, porque el peluche no me lo he decorado nunca. No había tenido necesidad de hacerlo hasta ahora que mis costumbres sexuales incluyen que Manolo me chupe el ravioli.

Con las manos en las caderas, giro hacia ambos lados para verme desde varios ángulos. Parezco una cabra en bikini. Tiene razón Manolo con lo de pelarme el brócoli.

Aquí es donde la Marce se depila, se cose las extensiones, se tiñe, se pone las uñas de porcelana... Me gustaría saber que pasará cuando por fin viva con un hombre y por la noche se quite todos los extras y se quede en el chasis.

Mientras espero, ojeo una revista femenina. En cada página hay un anuncio médico. La verdad es que las mujeres estamos hechas una mierda: dolor de cabeza, flaccidez, pelo castigado, celulitis, hemorroides, sobrepeso, pesadez en las piernas, callos, hongos, talones agrietados, estreñimiento,

pérdidas de orina, picores vaginales, piel seca, gases, dolor de espalda, dolor menstrual, ojos irritados, arrugas, manchas, piel de naranja, sequedad, digestión pesada, falta de firmeza... Para los hombres hay remedios contra la disfunción eréctil y la caspa. Y ya está. También dice aquí que me tengo que aceptar como soy y luego me dan veinte claves para perder peso y cambiar de aspecto. En la misma página me recomiendan adelgazar y me enseñan a hacer cupcakes. No se aclaran.

—¿Luisi? Hola, guapa. Te toca ya. Pasa por aquí —me indica una chiquina con bata rosa. Qué atuendo más sencillo y qué mona va. Lo que hace la percha.

Mi turno.

—¿Seguro que no duele? A mí esto me da miedo —le confieso a Marcelina.

—Que no, mujer. Si yo me hago la depilación integral todos los meses. Soy un espárrago blanco; ni un pelo más abajo de las cejas. Verás luego qué suave te quedas, y qué cómoda.

—¿Y lo hacen con cera? Yo paso de láser, a ver si se les va a desviar y me matan. Mira la guerra de las galaxias...

Me observa arrugando el ceño con expresión de no entender nada. Pero yo por si acaso lo he dejado claro. Toda precaución es poca.

—Tú relájate —me dice la esteticien—, que te voy a dejar el gatusín como un ñoqui de suavito y calvo, ya verás. Para entrar a vivir.

Van a hacerme las ingles brasileñas, que por lo visto consiste en que te dejan una perilla en lo alto de la panocha y lo demás lo deforestan. Es tendencia, así que yo me desnudo, me tumbo en la camilla y me despatarro.

—Uy, mira qué de vellito —continúa la señora esta—. Lo tuyo es lo que se llama un chumino portugués, por la pelambreira. ¿Lo ves? Aquí hay pelo para hacerle una peluca a una sandía.

Esta tía está loca. Y tiene mi flor a su merced.

—Bueno, vamos allá. La cera está un poquito caliente, eh.

Un poquito, sí, como la leche en los bares. Menudo espatulazo de plomo fundido me ha untado en la ingle.

—Y ahora vas a notar un pequeño tironcito. ¿Lista?

Antes de que pueda contestar, oigo un «ras» seguido del bocado de un cocodrilo. Casi me arranca el coño de cuajo. Me bajo de la camilla y me pongo a correr a su alrededor llamándola perra sajona y peluquera maldita.

—¿Te he hecho mucho daño?

—¿Mucho daño, Freddy Krueger? ¡Si te has quedado con la mitad del chocho en la mano!

Sólo quiero un grifo de agua fría para meter el culo dentro. Arqueo las piernas y me lo abanico con las manos mientras soplo desde arriba.

—Escuece un poquitín, pero hay que depilar la otra mitad porque no te vas a marchar a casa con ese flequillo de kale borroka ahí abajo.

—Tú aquí no metes más la mano, aunque tenga que ir con el chumino como la cabeza de Bimba Bosé.

—¡Espera, sólo un poquito más!

—¡Aparta las manos de ahí, psicópata!

Voy cojeando hasta la recepción.

—Cóbrame el asesinato, reina.

—¿Te doy cita para la siguiente sesión?

—La siguiente sesión ya me la hago yo en casa con los dientes.

Por detrás

DOMINGO 14 DE JUNIO. 16:47 H. MANOLO SE HA DESPERTADO
JUGUETÓN DE LA SIESTA.

Le conozco de sobra y le estoy viendo venir. Sé cuándo trama algo, y lleva ya un rato ahí atrás metiéndome el dedo en la pasta de las croquetas. Y yo callada, y él picoteando como un ganso.

—Ay, perdona, es que los dos agujeros están tan cerca...

—No disimules, que estás intentando meterla por el ojo el cacagüés desde que hemos empezado.

—¡Dios me libre!

—Mira, Manolo, si lo vas a hacer, hazlo bien y de una vez, pero deja de hacer el picador porque me estás breando.

—¿Puedo?

—Si lo que no hayamos hecho ya...

Me dice que coloque de perrito que me va a poner a raspanuca. Ya se ha emocionado. Cualquiera cosita que le des le hace feliz. Pongo el culo en pompa apuntando al techo. Manolo silba impresionado.

A la que entra a matar, se me eriza el lomo y me sostengo sobre las veinte uñas como una nécora. No te creas que ha preparado el camino o me ha susurrado un cariño al oído, no. Ha ido a cojón de sprint.

—No te muevas —le digo—. Deja que se deshinché y llama al 112.

—Es que si no te relajas, esto no dilata.

—Si yo estoy relajadísima.

Estoy enganchada al edredón como un koala y me dan espasmos en la comisura de los labios, pero estoy muy relajada. Creo que divisó Cuenca, y eso que se me han caído las córneas.

Interpretando mi aparente calma como una aprobación, Manolo me tira de la coleta que casi se me suben los pezones a los pómulos. Dice que es para ganar tracción, que sobre la colcha no tiene adherencia.

Lo está dando todo sin apatía. Quemando llanta. Al menos lo tengo haciendo ejercicio.

—Luisi, me vengo.

—Que te vienes adonde.

—Que digo que me voy.

—¡Que te vas adonde!

—¡Que me corro!

—¡Ah! Pues no me manches nada.

Cuando acaba se da unos golpes en el pecho y grita como Tarzán.

—Esto hay que repetirlo, ¿eh, Luisi?

—Sí. Con la epidural.

Luisi a la cubana

MARTES 16 DE JUNIO. 18:58 H. EN PLAN TRANQUI, DESPUÉS DE LO QUE PASÓ EL DOMINGO.

Mientras estábamos practicando nuestras cosas de cónyuges en la cama, Manolo me ha dicho que quería probar una cubana. Cuando le iba a cruzar la cara de un guantazo, me ha aclarado que una cubana es como hacer la banana comanche pero metiendo el palulú entre los pechos. No sé con qué fin, la verdad. Se decide por fin a innovar y me sale con esto.

Le he dicho que sí porque a mí eso no me supone labor y a él lo tengo entretenido. Porque hacer el perrito caliente no es una cosa que diga yo «¡Ay, venga!», como ir a Mallorca. Pero él está sonriendo y dando palmas, así que le debe de hacer ilusión.

19:03 H. YA LA HEMOS LIADO.

Conmigo boca arriba y Manolo encima de mí, tenemos un problema técnico: su panza topa con mi tripa y no avanza. Está el hombre haciendo un esfuerzo de hernia empujando, se le refleja en el gesto.

—¡No empujes más que me vas a poner las tetas en las orejas!

—Si es que estoy muy cerca, lo tengo ahí al alcance.

Cambio de postura. Manolo gira 180 grados y se me sienta en la cara.

—¡Ya llego! ¡Ahora sí!

Su culo se ha tragado mi cabeza. Doy palmadas en el colchón como en la lucha libre hasta que ahueca las boyas y entra el aire. He visto pasar mi vida ante mí.

—¡Que me asfixio!

—Ya que estás ahí, da unos lengüetazos si quieres.

—Sí, hombre. Chupa tú la escobilla del váter.

—Oye, que está limpito, que me duché el domingo.

—Manolo, quítame el culo de la cara que me están llorando los ojos.

—Venga, tonta, anímate, que lo hacen todas las parejas.

No tengo yo constancia de eso, pero bueno, probaré. Saco la lengua y doy una churrupaílla con la puntita. Creo que he perdido el conocimiento durante unos segundos.

—Hace cosquillitas.

—Mátame, por favor —le suplico.

Se me han quemado las papilas gustativas. Manolo gira otros 180 grados paseando el culo y los bongos por mi cara. Por lo que más quiera, que deje ya de arrastrarme el saco de abono por la boca, que se me está cortando la digestión.

Parpadeo para comprobar que no me he quedado ciega. Me ha salvado la vida que Manolo es de cojón breve, porque si la bolsa de las canicas en vez de tenerla de mano la tiene de playa, yo ahora mismo estaría con los criminólogos.

**19:23 H. APLASTADA DEBAJO DE MANOLO, QUE ESTÁ BOTANDO
HACIENDO CRUJIR EL SOMIER.**

Parece que por fin ha encontrado la postura precisa para meterle la funda al nórdico. Menos mal. Yo no veo nada porque estoy mirando al techo —no me da el gollete para asomarme—, pero creo que aquí hay mucho pan y poca

salchicha.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Hombre, no sé qué decirte. Supongo que más bonito sale entrenando...
Nunca me había deshollinado los pechos.

—Pues cansa un huevo esto. Y aquí me falta un agujero. ¿Te puedo engrasar la junta la trócola?

—Si me lo pides así cómo voy a negarme, Manolo Machado.

Ama Luisi

VIERNES 19 DE JUNIO. 20:44 H. ESTRENANDO MIS NUEVOS
JUGUETES.

*i*Luisi!

—¡Calla, esclavo!
—¡Que me pica mucho la nariz, ven!

Tengo a Manolo desnudo y esposado a la cama. Yo estoy en el salón preparándome para la sesión. Se va a enterar este de lo que vale un peine.

—¡Como vaya te va a picar otra cosa!
—¡El níspero!
—¡Al final cobras!
—¡Si voy a cobrar igual!
—¡Pues más todavía!
—¿Me has puesto a grabar la ruleta de la suerte?

Este hombre los concursos de preguntas y respuestas es que los vive. Se sienta delante del televisor y las respuestas que se sabe se las grita a la pantalla, insultando al participante cuando falla.

20:58 H. LLEGÓ LA LEY.

Me planto en la puerta embuchada en un mono de cuero de cuerpo entero. Manolo se descojona de risa en cuanto me ve.

—¡Ay, la prima fofa de Catwoman! Jajajajaja.

Será imbécil. Avanzo todo lo rápido que me deja el traje este, porque no te permite doblar las articulaciones. A cada paso que doy suena un ñoqui ñoqui como de frotar dos globos. Eso va a ser de los chorros de sudor que me caen por dentro, que esta mierda no transpira.

—Luisi —se cachondea—. ¿Vas al entierro de Pepa Pig?

Vas a ver tú la Catwoman y la Pepa Pig. Saco el «castigador» de mi cinturón y lo desenrollo.

—Qué es eso —indaga Manolo, que está más mosqueado que un alcalde en el polígrafo.

—Un látigo de tres puntas —le informo. Veo el terror en sus ojos.

—Para qué. Tú estás muy loca.

—Tú qué crees. Para enseñarte quién manda aquí.

—Si ya sabemos que mandas tú.

—¡Silencio, gusano!

Hago chascar el látigo y desintegro la lámpara de la mesilla de noche. Nos miramos en silencio. Sólo se oye la lavadora centrifugando. Dejo el látigo con cuidadito en el suelo.

—Mejor lo dejo, ¿verdad?

—Mejor, mejor. —Asiente varias veces con la cabeza y respira.

Hay que buscar algo que no deje cadáveres. Le pongo una bota en la cara.

—¡Chúpame la punta!

—Pues no tiene mierda el zapato este ni nada...

—Chupa, no me hagas tener que repetírtelo.

Se pone a chuperretear el botín con su cara de comerse las acelgas. Se está aguantando las arcadas.

—Ya he terminado.

—Veamos si lo has dejado limpito.

—Como los chorros del oro, jefa.

—Bueno, vale. Luego te doy tu premio.

—Si quieres te quito las bragas y te hago la vaporeta.

—Ya veremos, siervo.

Inspecciono qué más cosas tengo por aquí. A ver qué picia le hago ahora. Tiene miga esto del sado. Opto por la pala con tachuelas de dar azotes. Allá que voy.

—Ponte de lado —le ordeno, golpeándome la palma de la mano con la pala.

—No, que me das.

Le arreo un palazo y se gira que le falta cama para hacer un mortal carpado. Ahora ya con ángulo, procedo a administrarle la azotaina. Cada palazo suena como un guantazo de Bud Spencer.

—¡Ay! ¡Ay ay ay!

—¿Te traigo la guitarra, maestro?

—¡Sádica!

Placer sexual no da, pero cómo desahoga. Le atizo un zurriago por no tirar nunca de la cadena, otro por mearse fuera, y así unos cuantos más, que esto es karma. Le he dejado el carrillo del culo como un traje de lunares.

—¿Ya podemos hacer sexo normal? —Tantea.

—Como sigas rezongando te amordazo.

—Bicho.

—¡Se acabó!

Le pongo una mordaza, también de cuero, que lleva una pelota de goma para tapar la boca. Si le meto lechuga debajo parece un cochinito.

—Te lo advertí.

A duras penas, con la mano atada, levanta el dedo corazón y masculla algo parecido a quetefoguen y Sálvame Deluxe. No sé, la parrafada es muy larga. Da lo mismo. Le quiero echar cera caliente, que eso lo ha hecho Madonna en un vídeo y se la veía disfrutando como una cerda en un patatal. Lo que pasa es que me faltan materiales masoquistas, no tengo cerillas. Le tiro encima del pecho un cortado de la Nespresso.

Le parpadea un solo ojo y le ha dado un tic en el cuello. Quizás estaba un poquillo caliente. El caso es que trata de decir algo pero me suena como a Shakira borracha.

También iba a ponerle unas pinzas en los pezones, que me había traído las de la batería del coche, porque dicen que el dolor intenso y localizado da mucho placer, pero mejor lo dejamos aquí que lo voy a tullir. Lo que aguanta el tío. No le saca información ni el ejército de Corea del Norte.

Aquí te pillo, aquí te mancillo

SÁBADO 20 DE JUNIO. 12:05 H. CENTRO COMERCIAL, TIENDA DE ROPA MÁXIMO BRUTI.

Queríamos unos pantalones para él. Normalitos, porque no los va a lucir —le digo a la dependienta.
—¿Qué talla usa? —me pregunta ella.
—Uf... Manolo, pon la tripa normal, que te va a coger la talla esta señorita.

—Vale, una 54-56. Ahora mismo se los traigo.

La chiquina se va hacia el almacén.

—Se ha pasado tres pueblos —protesta Manolo—. Yo uso la 44.

—Y yo la 36, claro.

—¿Has visto qué zapas más chulas?

—Deja eso, que zapatillas ya tienes y están nuevecitas. Hemos venido a por pantalones.

—Pues qué coñazo.

Enseguida aparece la dependienta.

—Que se pruebe estos dos a ver cuál le sienta mejor.

—¿Los probadores?

—Ahí al fondo, al lado de las camisas.

—¿Puedo entrar con él?

—Sí, claro.

—Vamos, Manolo, que luego hay que ir a por el pollo asado y se llena eso de gente.

Todos los probadores están vacíos y no parece haber nadie cerca. Empujo a Manolo dentro del que hay al fondo, que él no lo sabe pero vamos a pitufar ahora mismito.

—¡Vamos, quítatelo todo! No, espera, desnúdame tú a mí y yo a ti.

Nos arrancamos la ropa como dos viejas cogiendo sitio. Qué morbo da el peligro. Me agacho y me amorro al furbi.

—Luisi, que nos van a pillar.

—Fe da ifual. Fu afoya fa mano na fuerte fe no endre nafie. —No me da más de sí la glotis.

Me incorporo y le pido a Manolo que me haga el salto con pértiga, que se me quema el sofrito. Me agarra de los muslos y me empotra. Se oye el «pum, pum» de mi culo y mi cabeza contra la pared y los taconazos contra la puerta. Se va a caer abajo el cubículo.

—¿Pasa algo? —pregunta una voz desde fuera.

—No —contesta Manolo—. Que me he tropezado, estamos bien.

Me está estrellando contra todas las paredes del probador. Esto no es un revolcón, esto es un juicio por combate. Luego me pega un morreo que es como si me abofetearan con la bayeta de los fogones.

—¡Oigan! ¡Abran la puerta! ¡Abran o llamo a seguridad!

Salgo del probador como un payaso atropellado, con el maquillaje corrido, la ropa del revés y el pelo hecho un rastrojo. Pero mirando a la dependienta con toda la naturalidad. Detrás sale Manolo sudando y con la cara roja.

—Me llevo los dos —dice jadeando.

Abandono la tienda caminando muy recta, con la cabeza bien alta, que ante todo soy una señora.

—Vamos, Manolo, que nos cierran los pollos.

Me coloco las bragas y hago «zup, zup» para quitarme un pelo de la lengua con dos uñas.

¡Se nos va!

MARTES 23 DE JUNIO. 8:14 H. EN LA HABITACIÓN.

¡A y, Luisi! ¡Que yo de esta no salgo! ¡Agonizo! Diles a mis padres que los quiero.

Manolo está constipado. De asomarse tanto a la nevera. Le ha pasado otras veces, sobre todo en Nochebuena, cuando hay más sobras en el frigorífico.

—Venga, vístete que nos vamos ahora mismo al médico.

—¡No, al médico no, que me pone a dieta!

—Señor, qué cruz... A ver, qué síntomas tienes.

—Siento que se me va la vida.

—Ya, pero aparte de eso, qué te duele.

—Me duele no haber pasado más tiempo contigo, Luisi.

—¡Por Dios, para ya con el drama y dime qué te duele!

—La garganta. Y tengo mocos. Y me llora el ojo izquierdo.

Voy a buscar el termómetro para comprobar si tiene fiebre. Al verme agitándolo, se tapa con las sábanas hasta la barbilla.

—Qué vas a hacer con eso... Me das miedo, Luisi, que últimamente te gustan cosas muy raras.

—Sólo te voy a tomar la temperatura, pesado.

—Pero en el sobaco, ¿vale? Por favor.

Tiene unas décimas nada más. Ahora iré a la farmacia a comprarle unos antigripales.

—¡Tráeme unos bollos ya que bajas!

—No hay bollos que valgan, que estás malo.

—Pues vaya mierda.

—No haber dormido con el culo al aire. Luego te preparo un poco de agua de limón y un arroz blanco.

—Eso te lo tomas tú, que me quieres matar de hambre. Para quedarte con mi dinero.

—Pero qué dinero...

8:26 H. EN LA FARMACIA. HE BAJADO EN ZAPATILLAS PORQUE ESTÁ AL LADITO.

—No, supositorios no —le digo a la farmacéutica—. Que luego me arrastra el culo por la moqueta. Dame algo efervescente y que no sepa muy fuerte, que es muy especialito y muy mal enfermo.

—Muy bien, aquí tienes. ¿Algo más?

—Sí, también me llevo esto.

8:35 H. CUARTO DE BAÑO.

Sigo las instrucciones al pie de la letra y espero unos minutos que se me hacen eternos. Ya está. Ay, Dios mío... Claro, si es que no paramos últimamente, si es que esto se veía venir.

—Manolo.

—Qué. ¿Me has traído unos donus?

—Manolo.

—¡Qué!

—Que estoy embarazada.

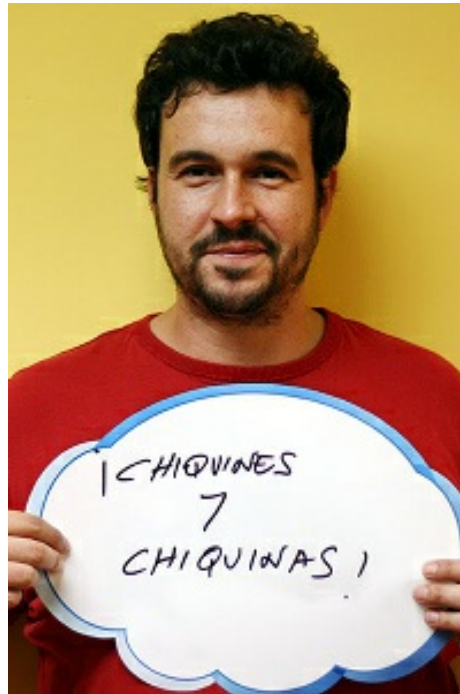
—¿Eh? Qué dices. Embarazada. A tu edad. Eso es imposible.

Le enseño el predictor.

—Aquí hay dos rayas. Eso qué es.

—Eso es que sí, Manolo. Que vamos a ser padres.

Ya se me ha desmayado el gilipollas en la cama.



ÁNGEL SANCHIDRIÁN (Madrid, España, 1976). Estudió Biblioteconomía y Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid y Antropología Cultural en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

Es un escritor español surgido de las redes sociales y conocido por sus divertidas sinopsis cinematográficas que ha ido escribiendo en la red social Facebook, que gozan de gran popularidad.

En 2014 publicó un libro recogiendo sus mejores textos. Por petición popular en su grupo de Facebook con más de 150 000 integrantes. *Sinopsis de Cine. El Libro* es una colección de reseñas de grandes obras del cine desde una perspectiva humorística, haciendo hincapié en tópicos, tics propios del cine y un tratamiento de humor entre absurdo y blanco.

En 2015 se publica, su primera novela, *La Luisi*, la adaptación a la gran página del relato 50 sombras de Luisi, que el día de su publicación en blogs y redes sociales llegó a ser *Trending Topic* de Twitter, y ha tenido un alcance de más de 1 500 000 personas.